

BOLSILIBROS BRUGUERA



SERVICIO SECRETO

TORRENEGRA

CLARK CARRADOS



La luna brillaba con todo su esplendor en lo alto del cielo, aunque hacia el este ya se divisaba una tenue claridad que anunciaba el nuevo día. Tranquilamente, con la vieja pipa de saúco entre los labios, Ronnie Beagan caminaba en dirección a las luces que se divisaban a lo lejos, cuando, de repente, oyó el ruido metálico de una herramienta que chocaba contra la roca del suelo.

Beagan se detuvo en el acto. Los dos burros que iban tras él, cargados con diversos pertrechos, se detuvieron también. A menos de cincuenta pasos de distancia, alguien se quejó.

—Esto es duro, tú.

—Más duro es para él. Anda dale al pico... y cierra el ídem.

Se oyó una risotada.



Clark Carrados

Torrenegra

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1381

ePub r1.0

Lds 20.10.18

Título original:
Clark Carrados, 1977
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



SS

SERVICIO SECRETO



CAPÍTULO PRIMERO

La luna brillaba con todo su esplendor en lo alto del cielo, aunque hacia el este ya se divisaba una tenue claridad que anunciaba el nuevo día. Tranquilamente, con la vieja pipa de saúco entre los labios, Ronnie Beagan caminaba en dirección a las luces que se divisaban a lo lejos, cuando, de repente, oyó el ruido metálico de una herramienta que chocaba contra la roca del suelo.

Beagan se detuvo en el acto. Los dos burros que iban tras él, cargados con diversos pertrechos, se detuvieron también. A menos de cincuenta pasos de distancia, alguien se quejó.

—Esto es duro, tú.

—Más duro es para él. Anda dale al pico... y cierra el ídem.

Se oyó una risotada.

—Sí, para este idiota ha sido más duro.

Beagan sintió que se le ponían los pelos de punta. No lejos del lugar en donde los dos hombres cavaban, divisó el brillo de la carrocería de un automóvil, cuyas luces estaban apagadas. Beagan se preguntó por qué dos hombres, evidentemente forasteros, habían acudido hasta aquel lugar, para enterrar a un tercero.

De repente, uno de los burros emitió un sonoro rebuzno. Los improvisados sepultureros interrumpieron su labor en el acto.

—Eh, tú, ¿quién diablos hay por ahí?

—Sólo es un burro, Benny, no te preocupes...

—Los burros no andan sueltos por el desierto a estas horas, Clutney. Voy a ver.

Beagan retrocedió hasta situarse junto al burro que iba en cabeza de la reata. De repente, oyó un grito:

—¡Clutney, hay un tipo!

—Dale, ciérrale la boca.

Benny sacó una pistola y disparó el primer tiro. Pero casi en el mismo instante, oyó el poderoso rugido de un arma de superior potencia.

—¡Tiene un rifle! —gritó, sin dejar de disparar la pistola—. ¡Larguémonos, Clutney!

Los dos sujetos ignoraban que Beagan era hombre que no se dejaba sorprender fácilmente. Dos pistolas taladraron el alba con sus fogonazos, mientras Beagan, sin soltar la pipa, tendido ya en el suelo, contestaba al fuego de los desconocidos.

El motor de un automóvil emitió de pronto un bramido. Beagan dejó de disparar. La visibilidad no era aún muy buena y había conseguido el objetivo: impedir que aquellos tipos le liquidasen.

El automóvil arrancó a toda velocidad. Beagan, por precaución, permaneció en el mismo sitio. Desde su puesto, vio que tomaban el viejo sendero que conducía hacia el oeste.

—Os deseo mucha suerte y ninguna avería —dijo, a la vez que se ponía en pie, para contemplar la disminución de tamaño de las luces de cola del coche—. Vamos, «Stuck», «Shollie», es preciso que el comisario Chilton sepa cuanto antes lo que ha ocurrido.

Beagan empezó a caminar de nuevo. Treinta pasos más adelante, vio un hoyo a medio cavar y un bulto envuelto en una manta, atada con cuerdas, junto a la fosa inacabada.

—Un buen sitio para esconder el cadáver de un hombre —comentó, mientras mordía con fuerza la caña de la pipa. Aquellos tipos, pensó, eran forasteros. Pero ¿por qué habían venido precisamente a aquel lugar, para deshacerse de un muerto comprometedor?

Beagan era hombre inteligente, además de discreto, por lo que se abstuvo de tocar nada. Lanzó un par de voces a los dos cuadrúpedos y reanudó la marcha hacia la población, cuyas luces se divisaban a cosa de seis millas de distancia.

* * *

El coche, tan «Mercedes» blanco, descapotable, frenó casi con violencia delante del edificio sobre cuya puerta principal lucía un rótulo:

«SHERIFF'S OFFICE. SAN ORENCIO COUNTY».

El edificio era de estilo colonial, con tejado de tejas rojas y fachada blanqueada, protegida en su mitad inferior por un ancho porche de arcadas semicirculares. En los lugares destinados a estacionamiento había un *jeep* y un coche de patrulla.

Lear Chilton salió a la puerta, en el momento en que se apeaba la ocupante del coche blanco.

—Un día tendré que llevarte ante el juez por exceso de velocidad en límites urbanos —dijo.

Stella Kalb se quitó los lentes oscuros que ocultaban unos ojos verdes preciosos. Tenía el pelo negro y su figura se adivinaba perfecta, debajo del vestido rojo, con vivos blancos, y falda cortísima, que constituía su indumentaria. El vestido carecía de mangas y Stella completaba su atavío con un par de botas blancas, de medio tacón, que le llegaban hasta la rodilla.

—Estoy deseando verme ante el juez —rió, a la vez que alargaba su mano desenvueltamente hacia el joven que tenía frente a sí—. Lear, me gustan los hombres severos, pero que saben dulcificar su actitud cuando es conveniente.

—¿Dices eso por mí? —preguntó Chilton, *sheriff* de San Orencio.

—Tómalo como quieras. Y, a propósito, ya que estás ahí, ¿por qué no me invitas a una taza de café?

—Está bien, entra en mi oficina...

—No, hombre, tu ayudante hace un café infecto. Vamos a la cantina de Pedro Domínguez. A veces pienso, cuando le pido una taza de café, que podría coger un cuchillo y untarlo sobre una rebanada de pan, tan espeso lo hace. Además, invito yo —añadió ella, a la vez que alargaba la mano para apoderarse del bolso rojo y blanco que tenía sobre el asiento delantero.

—Stella, ¿quieres sobornar al representante de la ley?

Ella rió argentinamente. Era una hermosa muchacha de unos veintidós años, de buena estatura y espléndida figura. Chilton la había visto en traje de baño más de una vez. Las curvas de la figura femenina poseían la firmeza de la juventud, sin carnosas exageraciones que habrían roto la armonía del conjunto.

—Buenos días, *sheriff*. Buenos días, señorita Stella —saludó Domínguez, el dueño de la cantina—. ¿Cómo así tan pronto por mi casa, que es la de ustedes?

—Ella dice que el café que hace Red es infame —contestó Chilton riendo.

—Ese café me hace dormir muy tranquilo, *sheriff*.

—Pero si usted no lo toma —protestó Stella.

—Por eso mismo, porque si un día Red se decide a montar una cantina, no tendré que temer a su competencia —contestó el cantinero con una estruendosa carcajada.

Chilton y Stella rieron también. Domínguez trajo las tazas a los pocos momentos. Luego, discreto, se retiró a un rincón del mostrador.

—Bien, Stella, ahora, cuéntame el problema —dijo Chilton, mientras removía el azúcar de su taza.

—¿Cómo lo has adivinado, Lear? —preguntó la muchacha.

—Son apenas las nueve de la mañana. Tú no sueles madrugar tanto ni mucho menos para venir a la ciudad. Algo te sucede. ¿Qué es?

Stella se había puesto seria de repente.

—Mi padre —contestó lacónicamente.

Chilton meneó la cabeza. Cerca de San Orenco, a menos de una milla, vivía un hombre que no hacía muchos años había sido un ser todopoderoso en su ámbito. Ahora estaba retirado... pero el *sheriff* sabía que Barney Kalb no dormía, no podía dormir tranquilo. El retiro de sus actividades no había significado exactamente la paz para un hombre de la clase de Kalb, aunque todos los síntomas indujesen a creerlo.

—¿Sabes si le han dicho algo por correo o por teléfono? —preguntó.

—No puedo decirte nada, Lear. Sí, le he oído hablar por teléfono en un par de ocasiones, aunque no he podido entender el significado de sus conversaciones ni sé tampoco con quién ha hablado. En cuanto al correo, si no es el mío personal, tampoco sé nada de sus cartas. Ni siquiera me deja ver las de propaganda comercial.

—Desde luego, no recibe mucha correspondencia. Pero ¿qué hace con las cartas, una vez leídas?

—Las quema todas, Lear. Oh, me siento terriblemente preocupada por él... Ya sé que tuvo un pasado borrascoso, pero decidió vivir honradamente y abandonar el mundo en que se movía.

En estas condiciones, un hombre tiene derecho a vivir en paz, ¿no te parece?

«Un pasado borrascoso. ¡Qué poco sabe Stella de la vida de su padre!», pensó el *sheriff*. En su oficina y no precisamente al alcance de cualquiera, había un legajo con una serie de informes sobre Kalb, que ponían los pelos de punta. Pero de todo cuanto había hecho, no podía probarse siquiera lo suficiente para condenarle a un mes de cárcel.

—Estoy de acuerdo contigo, Stella. ¿Qué más?

—Ahora lleva ya unos cuantos días muy preocupado. Está levantado hasta muy tarde. Yo me he despertado pasada la media noche y le he oído pasear. Race dos noches me levanté y le vi cargando un revólver. Teme algo, Lear, pero cuando le pregunté, dijo que eran cosas suyas y que una señorita no tenía por qué meter las narices en los asuntos de su padre. No sé qué hacer, Lear —dijo Stella, angustiada.

Chilton reflexionó unos instantes.

—Está bien —dijo al cabo—. Hoy mismo iré a verle y hablaré a fondo con él. Cualquier cosa que haya podido hacer en el pasado, aquí no tenemos noticia oficial ni tampoco ninguna reclamación contra él. Para nosotros es un ciudadano que se porta bien, que paga puntualmente sus impuestos y que es respetuoso con la ley. La ley, por tanto, tiene el deber de protegerle.

Stella, esta noche estoy invitado a cenar en tu casa.

Los ojos de la joven se iluminaron.

—Te prepararé una chuleta de un kilo, asada sobre las brasas —prometió, a la vez que se apeaba del taburete—. ¿A las siete y media en punto?

—De acuerdo. —Chilton se echó a reír—. No te vayas; soy tu invitado.

—Oh, es cierto. ¡Pedro, por favor!

Domínguez acudió y contempló sonriente a la pareja.

—A ver cuándo se casan, diablos —exclamó—. Todo el mundo hace aquí apuestas sobre la fecha de la boda, créame; yo mismo he apostado ya diez dólares a que es antes de dos meses. No me dejen en mal lugar, por favor.

Stella se ruborizó intensamente.

—El *sheriff* y yo no tenemos intención de casarnos, Pedro —

respondió.

—Por ahora —dijo el cantinero maliciosamente.

Chilton tomó de nuevo el brazo de la muchacha, sin que ella se opusiera. Cuando ya iba a despedirse de ella, Red McKay, su primer ayudante, le llamó desde la puerta.

—¡Eh, jefe, tiene visita!

—Está bien, Red, ahora voy. La carne me gusta tostada por fuera y sangrante por dentro, Stella —sonrió Chilton.

—Descuida.

Stella hizo arrancar el coche. Chilton permaneció unos segundos contemplándola, hasta que desapareció al final de la calle.

—Una periodista, jefe —informó McKay, cuando ya entraban en el edificio—. Procede de Denver, pero es muy guapa.

—Ah, las demás periodistas de Denver no son guapas.

McKay se puso colorado. Era un hombre de unos treinta y cuatro años, enorme, tremendamente fornido, fundamentalmente honesto, pero un tanto corto de alcances.

—Hasta ahora, es la primera que he visto una —respondió—. Está bien, yo la atenderé. ¿Cómo se llama, Red?

—Dona Wallace. He visto sus credenciales y están en regla.

Chilton abrió la puerta de su despacho. Una hermosa mujer le miró desde el sillón situado frente a su mesa.

—El *sheriff* de San Orencio, supongo —dijo.

—Así es, señorita Wallace...

—Señora, pero no se preocupe de mi esposo. Yo tampoco me preocupo; ya sólo me queda de él su apellido —rió la forastera, a la vez que tendía una mano hacia el recién llegado—. Necesito su ayuda, *sheriff* —añadió.

—¿Un robo?

—Oh, no. Verá, pertenezco a la redacción del *Denver Old West*, una revista mensual que...

La puerta de la habitación se abrió bruscamente, interrumpiendo a la forastera. Pete Bullit, otro de los ayudantes, exclamó:

—Jefe, Ronnie Beagan está aquí. Desea informarle de un asesinato.

CAPÍTULO II

Beagan entró en la oficina, con el sudado sombrero en la mano.

—Hola, *sheriff* —dijo—. El fiambre está a menos de cincuenta metros del punto donde se unen el Golden Trail y el viejo sendero del oeste. Sorprendí a los tipos cuando estaban cavando la sepultura y me tirotearon, pero yo les respondí con mi rifle. Sin embargo, consiguieron largarse en su coche...

Chilton alzó una mano.

—Un momento, Ronnie —dijo—. Pete, ya has oído. Sal hacia allí disparado y empieza los trabajos de rutina. No te olvides de avisar al forense. Yo me reuniré contigo enseguida.

—Bien, jefe.

Chilton hizo que el agitado informante se sentara en otro sillón.

—Siga, Ronnie.

—Bueno, no hay mucho que decir... Lo que sucede es que eligieron mal la hora y yo la elegí precisamente para llegar a San Orencio cuando no hiciese mucho calor. Hubiera llegado antes, pero uno de mis malditos burros se tumbó en el suelo y no quería caminar. Eso me hizo perder casi una hora de tiempo.

—Me siento maravillada —intervino la hermosa periodista—. *Sheriff*, si mi vista no me engaña, estoy ante uno de los pocos ejemplares de buscador de oro que aún quedan en este país.

Beagan se volvió hacia la joven:

—Así es, señora. Yo vivo del oro que extraigo en las montañas. No me hago rico, pero saco lo suficiente para no tener que depender de nadie. Esta Tez, *sheriff*, he conseguido cinco onzas. ¿Qué le parece?

—Magnífico, Ronnie —contestó Chilton—. ¿Pudo ver las caras de esos dos tipos?

—No, estaban a contraluna y aún faltaba mucho para amanecer. Por otra parte apenas me divisaron, se liaron a tiros conmigo. Querían liquidarme y, seguramente, me habrían arrojado a la misma fosa que al otro. Poco podían suponer que yo llevaba un rifle ea mi equipaje.

Beagan miró de nuevo a la joven.

—A veces es preciso defenderse de los coyotes y de los pumas, aunque ésta es la primera vez que empleo el rifle contra fieras de dos patas —añadió.

—Ronnie, ¿hirió a alguno de sus atacantes? —preguntó Chilton.

—No lo creo. Vi que los dos corrían hacia el coche y que salían disparados, abandonando el cadáver... En cambio, sí oí sus nombres, Benny y Clutney, pero no los apellidos.

—Está bien. Supongo que no se fijaría en el tipo de automóvil.

—Si hubiera sido un animal de cuatro patas, le diría si era caballo, burro, mula o vaca —rió Beagan—. Pero los automóviles me parecen todos iguales. Excepto su *jeep*, claro.

Chilton se puso en pie.

—De modo que cinco onzas, ¿eh?

—Aproximadamente, *sheriff*. Esta vez no se me ha dado tan mal —contestó Beagan.

—Le felicito, Ronnie. Vaya y haga la declaración ante Betty Radigan, la oficial femenina.

Fírmela después y eso es todo.

—De acuerdo, *sheriff*.

Chilton descolgó su sombrero. Entonces, Donna se puso en pie.

—*Sheriff*, ¿puedo acompañarle? —solicitó.

El joven la miró con curiosidad.

—Tema entendido que pertenece a una revista mensual —dijo.

—Sí, pero al *Denver Post* puede interesarle mi reportaje. Ando en tratos para incorporarme a su plantilla... aunque le juro que no he cometido ese crimen para conseguir el empleo.

—De acuerdo, venga conmigo.

Chilton mantuvo abierta la puerta para que la periodista pudiera pasar. Momentos después, estaban sentados en el *jeep*.

—Agárrese bien, señora Wallace, vamos a correr un poco —dijo él, a la vez que hacía girar la llave de contacto.

Un par de minutos después, pasaron al pie de una pequeña eminencia. El camino contorneaba la elevación, en cuya cima, a unos veinte metros de altura, se veía una tapia de aspecto impresionante. Por encima del muro, sobresalían las rojas tejas del edificio.

—Oiga, eso parece una fortaleza —exclamó Donna—. ¿Quién vive ahí?

—Barney Kalb, un hombre retirado de los negocios.

—Ah, debe de sentirse muy hartado del mundo, cuando ha cercado su propiedad de ese modo.

—No le gustan los extraños. Es un poco retraído.

El camino subía todavía un poco más, hasta que su cota máxima quedaba escasamente a diez metros del borde de la tapia. Después de contornear el cerrillo, descendía hacia la llanura abrasada por el sol que se divisaba al otro lado.

A la derecha, se veían las altas cimas de la Sierra, cuyas estribaciones se iniciaban a unas veinte millas de distancia. Pero hacia el sudoeste, el desierto se extendía, infinito, hasta perderse de vista.

—Es hermoso, pero también sobrecogedor —murmuró Donna.

—Este país me gusta —declaró Chilton—. He nacido aquí y no me gustaría un día verme obligado a abandonarlo. Hay extensas zonas desérticas, naturalmente, pero también hay agua y montañas y valles fértiles... y, en general, tranquilidad.

—La cual se ha quebrado ahora con un asesinato. Posiblemente, la calma no se había turbado aquí desde mil ochocientos ochenta, cuando se inició el conflicto entre los Ransome y los Spelling.

—Ah, conoce la historia —sonrió el *sheriff*.

—Bien, ése es el motivo de mi viaje a San Orencio. La guerra entre esas dos poderosas familias se hizo célebre en el siglo pasado. Duró varios años y murieron docenas de personas. Yo pienso escribir un relato circunstanciado e imparcial de aquella célebre guerra ganadera, ¿comprende?

—En tal caso, le recomiendo vaya a los archivos del *San Orencio Weekly*. Encontrará datos preciosos para su relato. Pero, por fortuna, la guerra entre los Ransome y los Spelling terminó ya hace

casi noventa años.

—Y no habrá más guerras, porque no quedan descendientes de esas familias, supongo —dijo la periodista.

Chilton demoró la respuesta un par de segundos. —Eso es ya historia— declaró.

* * *

El *jeep* abandonó la carretera y se detuvo a poco, en las inmediaciones del grupo de hombres que rodeaban un bulto tendido en el suelo. Bullit salió al encuentro de los recién llegados.

—El médico lo está examinando —informó—. Aparentemente, ha muerto de dos disparos en el tórax. Calibre cuarenta y cinco, casi seguro. Pero identificarlo resultará ya más difícil.

—¿Por qué?

—Primero, las ropas no llevan etiqueta de ninguna clase ni hay en ella el menor fragmento de papel, como tampoco los zapatos tienen etiquetas de la fábrica o el vendedor. Segundo... pero venga y lo verá usted mismo.

Chilton siguió a su ayudante, sin darse cuenta de que Donna caminaba detrás de él. El forense se incorporaba en aquel momento.

—Hola, Lear. Supongo que Pete ya te ha dicho algo. No hay duda, le pegaron dos tiros y lo trajeron aquí —dijo.

Bullit se inclinó y levantó un pico de la manta que cubría el cadáver. Chilton se estremeció fuertemente. Detrás de él sonó un grito de susto.

—Retírese, señora Wallace —gruñó el *sheriff*.

—Es... horrible —dijo la joven.

Los dedos del muerto habían sido amputados casi en su unión con el resto de la mano. En la parte izquierda de la cara faltaba toda la mejilla, cortada, al parecer, con un instrumento muy afilado.

—Debía de haber alguna cicatriz muy peculiar y se llevaron el trozo de piel, con bastantes músculos —manifestó el forense—. Con estos datos, va a ser muy difícil que logremos identificar al muerto.

Chilton procuró rehacerse.

—Pete, veo ahí un pico y una pala. Es casi seguro que trabajaron con las manos desnudas, con lo que si nos evitaron conseguir las huellas dactilares de la víctima, en cambio, es muy posible que

obtuéramos las de esos enterradores aficionados. Trate también de encontrar huellas de pisadas e incluso las de los neumáticos del coche. —Se volvió hacia el forense—. Doctor, en su opinión, ¿cuál era la edad de la víctima?

—Cuarenta, cuarenta y dos años, como máximo, Lear.

—Está bien. Sólo les deseo suerte en la huida.

Donna se sorprendió al oír aquellas palabras.

—Es la primera vez que oigo a un agente de la ley desear suerte a unos asesinos —exclamó.

Chilton se volvió hacia ella y la miró largamente.

—Ellos creyeron obrar con lógica y huyeron por un camino que actualmente no se usa.

Digo que ojalá tengan suerte, porque, como se les averíe el coche a mitad de camino o tengan un par de pinchazos, y esto es más que probable, morirán de hambre y sed en el desierto.

Donna se estremeció.

—¿Usted cree?

—Ahora voy a volver a la ciudad. Tengo que solicitar permiso para alquilar un helicóptero, pero eso cuesta bastante dinero y en los últimos tiempos el consejo municipal se muestra muy tacaño. Bastante tendré con que abonen las facturas del teléfono y del telégrafo, ¿comprende?

—Pero perseguir a unos criminales es un fin primordial...

—Eran forasteros, que han asesinado a un forastero. Eso es lo que pensarán los caballeros que gobiernan nuestra ciudad, señora Wallace. De todos modos, lo intentaré.

¿Vamos?

Donna subió al jeep.

—Va a resultar un reportaje apasionante —exclamó.

—Usted conseguirá un éxito y yo sacaré una jaqueca que me va a durar semanas enteras —pronosticó Chilton lúgubrementemente.

* * *

El pesado portón de acero se descorrió eléctricamente. Chilton, con una chaqueta liviana y sin sombrero, penetró en el recinto de la fortaleza.

—Hola —saludó al hombre de aspecto serio y concentrado que

habla a un lado de la entrada.

Pasada la puerta, el panorama cambiaba radicalmente. El recinto era lo suficientemente amplio para permitir la existencia de un pequeño parque, en donde abundaban los árboles y el césped. Había algunas mangueras de aspersión, funcionando constantemente, lo que proporcionaba una grata frescura al ambiente. Delante de la casa se veía una piscina de buenas dimensiones.

El edificio era de tipo colonial, de planta y primer piso, con un extenso porche en la fachada principal. En el lado norte, tenía una pequeña torrecilla, que daba la sensación de estar destinada a estudio o gabinete de trabajo, aislado del resto de la casa.

Stella se hallaba junto al asador, con un delantal de vivos colores. Al ver llegar a Chilton se echó a reír.

—Pero, hombre, tú en bicicleta...

Chilton se apeó del liviano vehículo de dos ruedas.

—Hay casi una milla y así hago ejercicio, aparte de que evito también las críticas del municipio. Yo no tengo coche y no voy a usar el *jeep* para un desplazamiento no oficial.

—Eres demasiado quisquilloso. En San Orencio nadie diría nada porque vinieses aquí en el coche que usas a diario.

—Nadie, excepto, probablemente, Cliff Anders.

—¡Pero no es el alcalde, Lear!

—Cierto, aunque sí, en cambio, es el personaje más influyente. Y tú sabes muy bien que Anders no siente ninguna simpatía por el *sheriff*. Es más, intentó evitar por todos los medios mi reelección.

—Por fortuna no lo consiguió. Lear, ¿qué te parece la carne?

Chilton aspiró el olor que se desprendía de las chuletas que se asaban lentamente en el fuego de leña.

—Maravilloso. La boca se me hace agua —confesó el joven—. Por cierto, aún no te he preguntado por tu padre.

—Usted se olvida de todo cuando ve a esa preciosa chica —sonó de pronto una voz jovial en la entrada de la casa—. Y yo le comprendo, claro. Si estuviese en su sitio, también me pasaría lo mismo.

Barney Kalb avanzó hacia el invitado. Kalb era un hombre de cincuenta y tantos años, grueso y con una pronunciada calvicie. Parecía una persona dedicada a la buena vida, aunque bastaba

mirarle a los ojos para saber que todavía conservaba la energía y la dureza que le habían hecho famoso años atrás.

—Bien venido, *sheriff* —saludó, a la vez que alargaba su mano.

—Llámeme Lear, señor; he venido sin la estrella —sonrió Chilton.

—Los hombres como usted no olvidan jamás su cargo. Por cierto, esta mañana he visto bastante jaleo a cosa de cinco millas hacia el oeste. A la madrugada me pareció oír disparos...

Kalb hablaba mientras vertía *whisky* en dos vasos altos. Puso unos cubitos de hielo y entregó uno al huésped.

—Se ha cometido un asesinato —contestó Chilton—. Un buscador de oro que pasaba casualmente por allí, vio a los dos hombres que cavaban una tumba. Ellos le vieron también y empezaron a tiros inmediatamente, pero el atacado tenía un rifle y los hizo huir.

—Caramba, no sabía que hubiera buscadores de oro —exclamó Stella—. Como en los viejos tiempos, ¿eh?

—Ronnie Beagan busca oro desde que supo caminar solo. Ha estado una temporada en la Sierra y regresaba con cinco onzas. Claro que el oro ha bajado mucho últimamente; ahora está a ciento veinte dólares, de modo que ha conseguido unos seiscientos. Pero no sabe vivir de otro modo y si es feliz así, ¿quién se lo va a reprochar?

—Cada uno debe hacer lo que más le guste, sin perjudicar a los demás —dijo la joven sentenciosamente—. Lear, ¿se sabe quién era la víctima?

—No. Los asesinos habían quitado todas las etiquetas de la ropa y se habían llevado hasta el último papel que pudiera llevar encima. Por si fuera poco, le han amputado los diez dedos de las manos y hasta le han arrancado la mejilla izquierda, supongo que a causa de alguna cicatriz que hubiera permitido identificarle.

Stella lanzó una exclamación de horror. Después de aquellas palabras, Chilton se llevó el vaso a los labios. Entonces vio al padre de la muchacha espantosamente pálido.

CAPÍTULO III

Después de la cena, que se había realizado en las inmediaciones de la piscina, Stella se dispuso a recoger los cacharros.

—Te ayudaré —dijo Chilton.

—No es necesario —sonrió ella—. Quédate con mi padre; la asistente vendrá mañana y se encargará de la fregadera.

—Muy bien, a tu gusto.

—A papá le gusta una copa de coñac después de la cena. Tú también, si te apetece, Lear.

Chilton se levantó, para acercarse a la mesita de los licores. Kalb había permanecido casi completamente silencioso durante la cena. Chilton había simulado no darse cuenta de aquella actitud, pero ahora comprendía que Stella les dejaba solos para que él consiguiese hacer hablar a su padre.

—Aquí tiene su coñac —dijo—. ¿Un habano?

—Gracias, muchacho. Apostaría algo a que te has dado cuenta de que conozco al muerto —dijo Kalb.

—Sí, aunque no he querido hablar delante de Stella. La estrella se ha quedado en la oficina, pero yo estoy aquí.

Kalb asintió.

—Era Lou Gray, uno de los pocos amigos fieles que ya me quedan en este mundo. Hace algunos días me llamó para decirme que estoy sentenciado a muerte. Dijo luego que vendría para darme más detalles..., pero la primera noticia que he tenido ya es la de su muerte.

Chilton arrimó un fósforo al extremo de su cigarro.

—¿Por qué quieren matarle, señor Kalb? —preguntó—. Si me dice que se trata de un ajuste de cuentas, no me extrañará, pero ¿cuáles son esas cuentas?

—Medio millón de dólares. Era mi parte, no tenía que dar un solo centavo a nadie. Sin embargo, hay quien opina que es dinero robado.

—¿A quién?

Kalb inspiró con fuerza.

—Muchacho, no te metas jamás en negocios como los míos —dijo—. Por más que lo intentes, no conseguirás ya librarte de... tus amigos. La organización no permite desertores, ¿comprendes?

—Suele ocurrir, en efecto. Pero usted ya lleva tiempo aquí. Hasta ahora, nadie le había amenazado.

—Cierto, aunque, ¿por qué te crees que hice construir esa tapia en torno a la propiedad? Además, la casa está en alto y nadie puede tirarme con un fusil desde lejos.

Las balas pasarían siempre altas, ¿comprendes?

—Salvo si sube a la torrecilla, como hizo esta mañana.

—Los cristales están blindados y son opacos por la cara exterior. Chilton parpadeó.

—Eso es nuevo para mí —dijo—. ¿Todos?

—No, sólo los de la torrecilla. Ningún rifle puede llegar a las ventanas del primer piso.

—¿Qué me dice del borde de la tapia? Un tirador, encaramado, durante la noche...

—La alarma funciona las Veinticuatro horas del día. Y no sería silenciosa precisamente.

—De modo que quieren matarle por medio millón.

—Sí —confirmó Kalb.

—Supongo que ese dinero debe de estar escondido en alguna parte.

—Sí, pero pertenece a Stella. No tengo por qué repartirlo con otros, a pesar de lo que digan.

—¿Lo sabe ella?

—Lo sabrá si yo muero. Mientras tanto, vivo de otros valores y bonos bancarios, de legítima procedencia, que me producen una renta muy saneada, Pero ese dinero es la dote de Stella.

—Vaya, como en los tiempos antiguos. Señor Kalb, usted tiene dos hombres empleados como guardaespaldas. ¿Confía en ellos?

—Si no fuera así, no los tendría en mi casa, Lear.

Chilton hizo un gesto de asentimiento.

—Lógico —convino—. Dígame, ¿le suenan los nombres de Benny y de Clutney? El testigo los oyó cuando cavaban la tumba...

—Benny Dwiss y Clutney Kaminski, pistoleros y asesinos, pero de tipo más bien corriente —dijo Kalb despectivamente—. El verdaderamente peligroso es Ang Mathsi.

Estoy seguro de que Gray venía a informarme de su paradero.

—Y no ha podido decírselo.

—Los tentáculos de la organización llegan muy lejos, muchacho.

Chilton meneó la cabeza. El hombre que tenía frente a sí, ¿cuántos asesinatos había ordenado en sus tiempos? Si moría, no haría sino pagar con la misma moneda que él había utilizado tan abundantemente años atrás. Pero lo más lamentable de todo era que había una persona absolutamente inocente: Stella.

La muchacha se hizo repentinamente visible.

—Ya he terminado —exclamó, a la vez que avanzaba hacia los dos hombres—. Ah, papá, ¿te das cuenta que esta mañana llegó un paquete para ti en el correo y que no lo has abierto?

Stella llegaba con el paquete en las manos. Kalb sonrió.

—Es un libro que pedí hace algunos días —explicó, a la vez que se disponía a romper la envoltura—. Como no pensaba leer hasta irme a la cama, lo dejé en el recibidor...

El libro venía envuelto en un papel fuerte y sujeto, además, con un cordel muy fino. Los dedos de Kalb eran muy recios y rompieron el hilo sin dificultad.

En el mismo instante, Chilton percibió un débil siseo. Sin pensárselo dos veces, saltó hacia adelante, agarró el paquete de manos de Kalb y, girando en redondo, lo arrojó a la piscina.

—Pero ¿qué hace...?

El libro se hundió en el agua. Medio segundo después, se oyó una terrible explosión.

Un enorme chorro de espumas subió a lo alto. Stella chilló, aterrada. Kalb tenía la mandíbula inferior caída.

—Dios mío, muchacho, me has salvado la vida —murmuró.

Los dos guardaespaldas acudían a la carrera.

—¡Señor Kalb! ¿Qué ha sido eso? —gritó uno.

Todavía salía humo de la piscina, cuyas aguas seguían agitadas. De pronto, Stella tuvo que sentarse en una silla.

—Hemos estado a punto de morir los tres —gimió.

Kalb, ya recuperado, hizo un gesto con la mano.

—Alguien me envió una bomba por correo, pero nuestro *sheriff* ha evitado que me explotara en las narices —dijo—. Pueden marcharse, muchachos.

Los guardaespaldas se alejaron. Kalb fijó la vista en Chilton.

—¿Cómo diablos supiste que había una bomba?

—La cuerda accionó la espoleta. Pero un libro, ordinariamente, se envía en papel pegado con adhesivo. No se trataba de un gran paquete de libros, sino de un solo libro.

—Entiendo. Muchacho, ¿qué puedo hacer para demostrarte mi gratitud?

Chilton miró fijamente al hombre que tenía frente a sí.

—Ya hablaremos en otro momento —respondió—. Stella, debo retirarme. Siento que te hayas llevado un susto tan grande.

La joven se puso en pie.

—Te acompañaré, Lear.

Caminaron juntos hasta la salida. Stella cruzó incluso el portón, para alejarse del guardián.

—Temo por la vida de mi padre —murmuró.

—Haré todo lo que pueda —dijo Chilton, con la mano en el manillar de la bicicleta.

Stella movió la cabeza.

—Presiento que va a morir muy pronto. Nunca quiso contarme cosas de su vida..., pero sé que hizo cosas horribles. A pesar de todo, le quiero...

—Stella, ¿cómo pidió tu padre ese libro?

—Por correo, supongo.

—¿Recuerdas haber llevado al correo alguna carta dirigida a una editorial?

—No, desde luego.

Chilton bajó la voz más todavía.

—Averigua quién llevó esa carta —murmuró.

Sentóse sobre el sillín y agitó la mano.

—Voy a hacer un poco de ejercicio —gritó jovialmente.

El farol delantero se encendió, lo mismo que la luz roja posterior. Stella permaneció en el mismo sitio, todavía unos momentos. Luego dio media vuelta y volvió a entrar en la casa.

—El muerto de los dedos amputados se llamaba Lou Gray. Telefonea a la policía del Estado y también a la de Colorado y Nevada. Ponte en contacto con el jefe de policía de Las Vegas. La cicatriz tenía forma de ángulo obtuso y medía unos nueve centímetros de longitud. ¿Enterado?

—¡Caramba, jefe! —exclamó McKay—. ¿Cómo ha sabido usted tantas cosas y tan pronto?

—Sí, eso digo yo —exclamó de súbito un hombre, situado inesperadamente en la puerta—. ¿Cómo lo has averiguado, Lear?

Chilton alzó los ojos, para contemplar al recién llegado, junto al cual aparecía Donna Wallace.

—Vamos, *sheriff*, díganoslo —exclamó la joven—. Nadie sabía quién era y usted lo ha averiguado en un abrir y cerrar de ojos.

—Es que he usado mi bola de cristal, pero no puedo tenerla aquí, porque la gente diría que soy un brujo —sonrió Chilton—. ¿Qué te trae por mi oficina, Cliff Anders?

—Hago compañía a la señora Wallace —respondió el aludido—. Me ha hablado de sus propósitos de escribir sobre la guerra ganadera de hace casi un siglo y me he brindado a ayudarla.

—El futuro alcalde de San Orencio es muy galante —sonrió Donna.

—No es seguro que gane las próximas elecciones —dijo Anders riendo—. La competencia es muy fuerte, ¿verdad, Lear?

Chilton se encogió de hombros.

—Yo no pienso postular para el cargo. Me conformo con lo que soy —respondió fríamente.

—El que se conforma con lo que tiene, es un hombre feliz —dijo Donna sentenciosamente—. Pero, de todos modos, me gustaría conocer detalles de la víctima.

—Se llamaba Lou Gray, es todo lo que sé.

—Amigo de Kalb —exclamó Anders.

—Sí.

—Entonces, te lo dijo él.

—Lo admito.

—Lear, a la gente no le gusta tu amistad con un ex *gángster*. Eso podría crearle dificultades para el futuro —dijo Anders

incisivamente.

—Kalb es un ciudadano que paga puntualmente sus impuestos y respeta la ley con absoluta escrupulosidad. Mientras no cometa un delito, yo no puedo actuar contra él.

—Nadie te ha pedido que lo hagas. Sólo digo que tu amistad...

—También soy amigo tuyo, Cliff.

Anders se quedó parado, mientras, a su lado, Donna soltaba una risita.

—No eres mi amigo —dijo Anders al cabo—. Y como miembro del consejo municipal, te recomiendo midas bien cada uno de tus pasos.

—Como miembro del consejo municipal, te recomiendo no influyas en el alcalde —contestó Chilton ásperamente—. Ayer pude haber obtenido permiso para alquilar el helicóptero de Jack Romero. Pero el alcalde no se atrevió a concederme ese permiso... y te mencionó con toda claridad. Por unos miserables dólares, dos asesinos pudieron escapar con toda tranquilidad, ¿comprendes?

Anders enrojeció vivamente. Donna, sagaz, se dio cuenta de que debía cortar la discusión antes de que llegase a mayores.

—Oh, vamos, vamos, caballeros, no estamos ya en los tiempos en que los Ransome y los Spelling se mataban por una futesa. Estamos en pleno siglo xx... y ya hemos conseguido que una nave aterrice en Marte. Hay que obrar con mentalidad de futuro, con amabilidad, comprensión, cortesía... —Donna se volvió hacia su acompañante—. Cliff, antes dijo que me acompañaría a la cañada donde tuvo lugar una de las más duras refriegas entre las dos familias rivales.

Anders sonrió, embobado.

—Claro, con mucho gusto, señora Wallace.

—Llámeme Donna. Y usted también, *sheriff*. A la tarde, si no tiene inconveniente, vendré a pedirle más información.

Chilton asintió. Donna y Anders abandonaron el despacho. El joven pensó que dentro de muy poco tiempo su cargo se iba a convertir en un infierno.

Anders conseguiría ser elegido alcalde. Tenía dinero y personalidad, además de ambiciones políticas. También tenía una considerable falta de escrúpulos y, aunque todo el mundo lo sabía y hasta había padecido en más de una ocasión alguno de sus

desmanes, no había en sus actos nada que pudiera ser considerado como una violación de la ley.

Pasado el mediodía, McKay entró en el despacho con un puñado de papeles.

—Todos los informes posibles sobre Lou Gray —dijo.

—Gracias, Red.

Chilton se sumió en el estudio de los informes. En realidad, no decían mucho más de lo que el propio Kalb le había declarado la víspera.

Lo único que cabía suponer era que Gray se disponía a visitar a Kalb cuando alguien lo asesinó... seguramente, durante su viaje a San Orencio.

La existencia en la comarca había sido relativamente placentera hasta entonces. Chilton presintió que las cosas iban a cambiar muy pronto y no para bien precisamente.

CAPÍTULO IV

La periodista seguía recogiendo notas para su historia, a la vez que, de cuando en cuando, enviaba informaciones al *Denver Post*. Chilton observó que Anders se había constituido en asiduo acompañante de aquella hermosa mujer.

—Es muy simpático y amable —dijo Donna días más tarde, en un encuentro casual con el joven.

—Y, además, soltero.

—Una cualidad que es preciso tener en cuenta —rió ella—. Y usted también lo es.

—Como se suele decir, no he encontrado aún a la mujer de mis sueños.

—Por ahí se dice que es Stella Kalb.

—Sólo somos buenos amigos, Donna. Stella es una chica estupenda y da gusto estar a su lado, pero no puedo olvidar ni por un momento las diferencias que hay entre los dos.

—¿Qué diferencias, Lear?

Chilton hizo un gesto significativo, frotándose el índice y el pulgar de la mano derecha. Donna se echó a reír.

—Oh, vamos, no sea romántico en estos tiempos —exclamó—. Si dos personas se aman, el dinero no debe tener la menor importancia, creo yo.

Con el rabillo del ojo, Chilton vio que se acercaba Anders.

—Es cuestión de opiniones —respondió.

—Y de orgullo varonil, ¿no?

—Algo hay de eso, debo admitirlo.

—Bien, pero ¿qué dice la interesada?

—Si quiere saber la verdad, todavía no se lo he consultado.

Anders llegó junto a la pareja, en el momento en que lo hacía

Bullit.

—Jefe —llamó el ayudante.

—Perdonen —se disculpó Chilton, separándose de Donna y de Anders.

Bullit le dijo algo en voz baja. Donna vio que el joven se estremecía fuertemente.

—Está bien, ve para allá y dile que lo tenga preparado. Yo llegaré antes de cinco minutos, Pete.

—Okay, jefe.

Chilton volvió junto a los otros dos. Donna observó que el rostro del joven aparecía fuertemente contraído.

—Cliff, el otro día recibí una negativa a alquilar el helicóptero de Romero. Bien, no sólo podía haber salvado dos vidas, sino que hubiera detenido a los asesinos de Gray. Romero ha divisado sus cuerpos inertes en medio del desierto. Han muerto de sed, abrasados por el sol.

Donna lanzó un gemido de horror. Anders se puso pálido.

—Yo sólo quería evitar gastos innecesarios al municipio —se disculpó—. Si te hiciéramos caso, serías capaz de alquilar el helicóptero hasta para irte a vaciar la vejiga en el desierto.

—¡Señor Anders! —Se sofocó Donna—. Está en presencia de una señora...

—Lo siento, excúseme; no sabía lo que me decía.

—Perdóneme, Donna; tengo que ir a buscar esos cadáveres —dijo Chilton.

Ella echó a correr tras el *sheriff*.

—No olvide que soy periodista. Déjeme ir con usted; es decir, si hay sitio en el helicóptero —gritó.

Chilton asintió en silencio. Saltó a su asiento en el *jeep* y dio el contacto, arrancando en el acto, apenas vio que Donna se había acomodado en el asiento contiguo.

—Ha dejado usted anonadado a Anders —gritó ella, para hacerse oír por encima del raído del motor y del viento desplazado por la marcha del vehículo.

—Le hubiera roto las narices de buena gana. Esos dos hombres eran unos asesinos, conformes; pero ni el más despiadado de los forajidos merece una muerte tan espantosa como la que ellos han sufrido.

—Estoy de acuerdo con usted, aunque me parece que no por ello Anders piensa cambiar de modo de pensar. Al parecer, la vieja rivalidad entre los Ransome y los Spelling dura todavía, al cabo de un siglo.

Chilton volvió la cabeza un instante.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—No olvide que estoy escribiendo la historia de esa guerra ganadera. Incluso he conseguido hablar con un viejo, cuyo padre tomó parte en el conflicto. El fue quien me contó el origen de ustedes dos.

—Yo he olvidado la rivalidad. A mí no me importa que, por parte de madre, Anders sea un Spelling. En todo caso, es él quien parece mantener el odio ancestral, ¿comprende?

—Sí, aunque yo creo que son motivos más actuales, ¿no cree?

Chilton no contestó. Estaban saliendo ya de la ciudad y se dirigían hacia una especie de pequeño aeródromo, donde se veían algunas avionetas, además de un helicóptero, estacionado a cierta distancia de los dos hangares con que contaba el aeródromo.

—Lear, ¿cómo ha podido descubrir Romero los cuerpos de los fugitivos? —preguntó Donna de pronto.

—Romero suele llevar provisiones a una mina que está en lo alto de la Sierra. Hay un camino y se puede llegar con *jeeps*, pero el viaje es largo y fatigoso. Aparte de ello, suelen llamarle por radio para que les transporte pertrechos y útiles de trabajo. Para llegar a la mina, tiene que atravesar un gran trozo de desierto, de casi cien millas. Ahí es donde perecieron esos dos infelices.

—En cien millas solamente —se estremeció la periodista.

—Ni veinte recorrería usted durante el día —contestó Chilton—. Esos tipos, además, no estaban acostumbrados a caminar.

—Comprendo —murmuró ella.

Instantes más tarde, se apeaban junto al helicóptero. El piloto acudió a recibirles.

—Hola, Lear —saludó—. ¿Tenemos compañía?

—Jack, ella es Donna Wallace, periodista. Donna, éste es Jack Romero.

—Encantada, Jack —dijo la joven desenvueltamente.

—Es un placer —sonrió Romero—. Por mi parte, listos, Lear.

—Aguarda unos minutos. El forense no puede tardar en llegar.

¿Podremos traer los cadáveres en tu aparato?

—Hay sitio de sobra —respondió el piloto escuetamente.

Chilton se volvió hacia la periodista.

—Donna, cuando desembarquemos, póngase algo en la cabeza. En menos de un cuarto de hora, podría caer fulminada por un golpe de sol —aconsejó.

—Me pone los pelos de punta —contestó ella.

—Ahí adentro tengo un sombrero viejo; yo se lo prestaré, si no tiene inconveniente —sonrió Romero.

—Al contrario, será un placer —suspiró Donna.

* * *

El helicóptero evolucionó sobre los cuerpos que yacían sobre el suelo, separados entre sí por un par de cientos de metros. Chilton usó el teléfono interior:

—Jack, aterriza a cierta distancia, para que las palas no levanten polvo y borren posibles mensajes que hayan podido dejar los muertos.

—Está bien.

—Lear, ¿cree que alguno de esos desgraciados pudo escribir algo sobre la arena? —preguntó Donna.

—Podía ser. No ha soplado viento en muchos días y cuando un hombre se encuentra en una situación semejante y se ve a punto de morir, tiende a dejar algún mensaje que explique lo que le sucedió. De todas formas, mientras el médico examina los cadáveres, yo volaré con Jack para ver si encuentro el automóvil.

—Si no le importa, me quedaré aquí —dijo ella.

Chilton asintió. Un minuto más tarde, el doctor Carwell y Donna saltaban del helicóptero, que volvió a levantar el vuelo apenas se hubieron alejado unos pasos.

—¿Y ahora, Lear? —preguntó Romero.

—Sigue la vieja ruta. A esos infelices se les averió el coche y quiero saber qué les pasó exactamente.

—De acuerdo.

A cuarenta y cinco millas de distancia, vieron un punto negro en la árida llanura. Romero maniobró hábilmente, posando el helicóptero a unos cien metros del coche detenido en un camino

irregular y abundante en piedras.

Chilton corrió hacia el automóvil. No tardó mucho en ver una rueda deshinchada. Abrió el maletero y observó que faltaba la otra rueda.

—Tuvieron dos pinchazos —dijo.

—No era coche para viajar por aquí —observó Romero.

Chilton registró con todo cuidado el interior del automóvil. Al cabo de unos momentos, dio su labor por terminada.

—Regresemos, Jack.

Cuando aterrizaron en las inmediaciones del lugar donde yacían los cadáveres, Chilton vio a Donna que se acercaba al aparato.

La joven estaba aterrorizada.

—Es algo espeluznante. Jamás había visto nada igual —confesó.

—Morir deshidratado en el desierto no es agradable, en efecto —convino Chilton—. Pete, ¿has encontrado algo de particular?

El ayudante enseñó dos bolsas.

—Aquí están todos los efectos personales —contestó.

—Bien, ahora llevaremos los cuerpos al helicóptero, cuando el doctor Carwell nos de permiso para hacerlo.

El forense se lavaba las manos con alcohol.

—Muerte por deshidratación —anunció, lacónico—. Luego te enviaré un informe completo, Lear.

—Gracias, «doc».

—Cuando regrese al hotel, voy a meterme en la bañera, bien llena de agua fría, y empezaré a beber hasta dejarla vacía —prometió Donna.

Chilton sonrió.

—Si eso le sirve de consuelo, vaya a la nevera portátil de Romero. Encontrará latas de cerveza fría... por cuenta del municipio, claro.

Donna le miró de un modo peculiar.

—La antipatía es mutua, ¿eh?

—Yo no inicié las hostilidades, Donna. Es más, me agradaría que esta naciente enemistad volviera a disiparse. Ciertamente que nunca fuimos amigos íntimos, pero nos tolerábamos mutuamente. —Chilton torció el gesto—. No sé qué diablos le ha hecho cambiar desde hace unas pocas semanas —añadió, claramente disgustado.

—Usted es también un Ransome, no lo niegue.

—El apellido se perdió con mi abuela, afortunadamente. Yo soy hijo de su primer hijo. En cambio, el apellido Spelling duró hasta la madre de Anders.

—Sí, los matrimonios hicieron que se perdieran los apellidos. Pero la sangre continúa circulando por las venas.

—Donna, yo estoy por la paz y tanto es así, que sería capaz de dimitir y marcharme al rancho de mis padres —aseguró Chilton tajantemente—. Se lo aseguro, nada le gustaría más a mi padre que verme sin este uniforme.

—Pero usted prefiere la estrella.

—Por ahora.

Donna le miró fijamente. Era un hombre alto, ancho de hombros, un tipo verdaderamente varonil.

—Las mujeres deben volverse locas por él —murmuró.

—¿Decía...?

—No, nada —sonrió Donna—. Voy al helicóptero, en busca de esa cerveza que usted me ha anunciado hace unos instantes.

—Sí, nosotros tenemos otro trabajo muy distinto. Vamos, Pete.

Los dos hombres, provistos de sendas mantas y cuerdas, se encaminaron al lugar donde se encontraba el primer cadáver. Chilton procuró no ver el rostro deformado del sujeto que había muerto de sed. Por nada del mundo, querría que le sucediera algo semejante, pensó, mientras envolvía el cadáver reseco en la manta.

CAPÍTULO V

El «Mercedes» blanco se detuvo frente a la oficina del *sheriff*. Alguien anunció a Chilton la llegada de Stella y el joven salió a recibirla inmediatamente.

—¿Sucedó algo? —preguntó.

—Ya he averiguado cómo se envió la carta en que mi padre pedía aquel libro por correo. La llevó Burton Proyd, uno de los dos vigilantes.

—¿Has hablado con él?

—Sí, pero lo ha negado. Yo le he despedido, aunque mi padre no quería.

—Si no estabas segura, ¿por qué lo has despedido?

Stella abrió el bolso y sacó un fajo de billetes.

—Proyd lo tenía en su maleta. Se lo quité sin que él se diera cuenta. Hay dos mil dólares, Lear.

Chilton respingó.

—Has cometido un robo, Stella —le reprochó.

—Mi padre no le paga tanto —contestó la chica—. Alguien le sobornó...

—Stella, ¿no te das cuenta de que si eso fuese cierto, Proyd podría haber matado a tu padre en cualquier momento? Dentro de la propiedad siempre lleva un arma.

—Sí, pero Rudy Norman le es absolutamente fiel y no podía arriesgarse a una respuesta contundente. Aparte de que no podría escapar, puesto que nosotros te avisaríamos inmediatamente.

—Pudiera ser —convino Chilton.

—Ha sido así. La prueba es que no ha rechistado cuando le despedí.

—¿Qué dice tu padre?

—Está encerrado en la torrecilla. Se pasa allí la mayor parte del día. A veces escribe... no sé si sus memorias, y otros ratos se dedica a observar el paisaje con los prismáticos que, para mayor comodidad, ha instalado en un trípode. Estos días le veo muy nervioso. Francamente, Lear, cada día temo más por su vida.

«¿Cuántos se habrían visto en la situación de Kalb, cuando éste era una potencia en el mundo del hampa?», pensó Chilton.

—Stella, lo siento, pero hoy me es absolutamente imposible. Mañana haré un esfuerzo para hablar con él. Le obligaré a que sea franco, ¿entiendes?

Ella hizo un gesto de asentimiento, a la vez que procuraba sonreír.

—Gracias, Lear. Por cierto, hoy he oído algo que se refiere a ti. Ellas no se habían dado cuenta de que yo estaba cerca. Como oí tu nombre, me entró curiosidad...

—¿Ellas? ¿Quiénes son?

—La cocinera y la doncella. Mencionaban algo de una guerra ganadera que hubo en esta región hace cien años y decía que todavía quedan descendientes de los implicados en el conflicto. Tú eres uno de ellos y Anders el otro. Dijeron que tal vez podía reproducirse el conflicto...

—¡Tonterías...! —dijo Chilton, enojado—. Es cierto que Anders y yo no nos tenemos ninguna simpatía, pero de ahí a pensar que vamos a liarnos a tiros, como los pistoleros de las películas del Oeste, va un abismo. Olvídalo, Stella.

—Está bien, como quieras. ¿Vendrás mañana?

—Lo intentaré. Procura hablar con tu padre. Dile que se esfuerce en decir la verdad. Y que piense en ti también, qué diablos.

—Eres un tipo estupendo, Lear. Gracias.

Stella se empinó y le besó en una mejilla. Chilton quedó junto al porche, contemplándola hasta que la vio perderse de vista.

—La amistad de un *sheriff* y la hija de un ex *gángster* no es cosa que agrade a los votantes, Lear —sonó de pronto una voz irónica.

—¿Tienen los hijos culpa de los actos de los padres, Cliff?

Anders se echó a reír.

—A veces —contestó, a la vez que reanudaba su camino.

Preocupado, Chilton se tiró del labio inferior. Cada día sentía una mayor atracción por Stella. Sabía que era una muchacha de una

absoluta honestidad..., pero no era posible evitar que la gente pensara en ella como la hija de un antiguo forajido.

—Jefe —llamó McKay a sus espaldas—, el informe de la autopsia de los tipos que murieron en el desierto ha llegado ya.

Chilton dio media vuelta. Era preciso volver a la realidad, suspiró.

* * *

El vehículo pesado atravesó la población dormida casi sin hacer ruido, pese a la potencia de su motor. Bullit, que tenía turno de noche, vio desde la ventana de la oficina un camión pesado, con la caja de carga cubierta por una gran lona, y pensó que tal vez era algún pedido de maquinaria para la mina de la Sierra. Sin concederle la menor importancia al hecho, volvió a la lectura de la revista que le ayudaba a pasar la guardia.

El camión continuó rodando, hasta detenerse en el punto más alto de la carretera, muy cerca de la propiedad de Kalb. Dos hombres saltaron inmediatamente de la cabina y, sin hacer el menor ruido, quitaron la lona.

Un tercer individuo trepó a la plataforma de carga y se metió en el cubo que había al extremo de un largo brazo articulado. El conductor maniobró inmediatamente y el brazo se estiró y elevó, mientras el ocupante del cubo, preparaba un rifle con mira telescópica y silenciador.

El brazo continuó estirándose. El tirador tenía al cuello un diminuto transmisor de radio. De pronto, dijo a media voz:

—Ya está bien. Prepárate para encender el reflector cuando yo te lo diga.

—De acuerdo —respondió el conductor.

Los otros dos, mientras tanto, plegaban la lona, que depositaron sobre la plataforma de carga. El tirador buscó con la vista una de las ventanas, en la fachada iluminada claramente por la luna.

De pronto, emitió una orden:

—¡Ahora!

Un potente haz de rayos luminosos borró la oscuridad en la ventana y penetró en el interior del dormitorio. Apenas un segundo después, el tirador apretó el gatillo.

La bala hizo un agujerito en el cristal y otro en la espalda del hombre que dormía de costado. Barney Kalb se estremeció horriblemente, pero sus movimientos cesaron cuando la segunda bala entró en la parte posterior de su cráneo y salió por encima del ojo derecho.

—Listos —dijo el asesino.

El conductor hizo que se replegase el brazo articulado. Treinta segundos más tarde, el asesino saltaba a la cabina.

—Vámonos.

El camión arrancó de nuevo y su conductor, una vez en la pendiente opuesta, aceleró al máximo. En su cama, medio dormida, Stella oyó vagamente el rugido del motor, pero no le concedió importancia. Dio media vuelta y continuó su sueño.

* * *

A las ocho de la mañana, Stella cayó en brazos de Chilton.

—Oh, Lear, es tan horrible... No puedo creérmelo...

Chilton procuró consolar a la muchacha. El aviso del crimen le había llegado apenas quince minutos antes.

—Tranquilízate —dijo—. Encontraremos al asesino...

—¡Mi padre está muerto, eso es lo que importa! —gritó ella.

Chilton se dio cuenta de que Stella estaba al borde de un ataque de histeria. El forense llegaba en aquel momento y le pidió un sedante. Stella se resistía a tomarlo, pero él la obligó enérgicamente.

—Lo necesitas —dijo—. Y va habremos más tarde, ¿comprendes?

El doctor Carwell entró en la habitación donde yacía el cadáver y dio comienzo inmediatamente a su trabajo. Mientras, Chilton se esforzaba por obtener alguna información de la muchacha, en espera de que el sedante hiciera sus efectos.

—¿Hablaste anoche con tu padre? —preguntó.

—Sí, pero se negó a hacer comentarios... Yo le dije que tú querías ayudarle... Estaba muy raro, Lear, no entiendo lo que sucedía... Esta mañana, Juanita, la cocinera, me despertó chillando como una loca...

La voz de Stella se debilitaba por momentos. Chilton la condujo

a un diván cercano y ella se tendió sin hacer la menor resistencia.

—Duerme —murmuró—. Duerme...

La cocinera y la asistente se hallaban en la puerta de la sala. Chilton hizo que le repitieran lo que ya habían declarado a su ayudante McKay. Ninguna de las dos mujeres añadió nada nuevo.

—Bien, Juanita —dijo Chilton a continuación—. Ahora, por favor, vaya a buscar al señor Norman.

—¡No está, *sheriff*! se marchó esta mañana muy temprano! Yo me crucé con él cuando venía a preparar el desayuno del señor, como todos los días... Dijo que iba a hacer un recado urgente, pero no ha vuelto... Se llevó el coche del señor, el grande, ese de color negro que apenas usaba...

Chilton se sintió acometido por una súbita sospecha. Conocía bien la casa y corrió hacia la escalera que conducía a la torrecilla.

La puerta estaba entreabierta. Chilton no necesitó abrir mucho más, para darse cuenta de que Norman había resultado otro traidor a su jefe. Si Kalb había escrito sus memorias, nadie podría leerlas ya.

Cerró con doble vuelta de llave y guardó ésta en el bolsillo. Más tarde registraría la estantería con todo detenimiento. Pero Kalb había estado muy equivocado al fiar en sus dos guardaespaldas.

—Claro que con el oficio que tuvo, fiar en alguien era una tontería —masculló, mientras descendía al dormitorio.

Allí se encontró con mía sorpresa.

—Dispararon desde el exterior —dijo el doctor Carwell, mientras señalaba los dos orificios estrellados de la ventana.

Chilton se quedó boquiabierto.

—¡Doctor!

McKay no se sentía menos pasmado que él.

—Pero eso es imposible... Si no desconectaron la alarma, no pudieron trepar a la tapia... Y si la alarma hubiese funcionado, Stella la habría oído. Creo que era capaz de despertar a un muerto...

—A éste ya no le despiertan más que las trompetas del Juicio Final —dijo el forense, sarcástico—. Tiene una bala en el pulmón derecho y otra en el occipucio, ésta con salida por el frontal. Lo demás es cuenta suya, *sheriff*. Ahora ordenaré que se lleven el cadáver...

—Aguarde un momento, doctor.

Chilton se situó junto a la cama, procurando que sus ojos quedaran al nivel de las heridas. Luego trazó una línea imaginaria desde aquel punto hasta los agujeros causados por las balas en el cristal.

—Doctor, si no me equivoco, el tirador hizo fuego desde un punto situado a más de tres metros de altura sobre el borde de la tapia —dijo momentos más tarde.

—Sí, es cierto; las balas siguen una trayectoria ligeramente descendente...

—Pero aunque desconectasen la alarma, cosa probable, ese tirador no era un gigante para medir tres metros, en pie sobre el borde de la tapia.

Carwell frunció el ceño.

—Emplearía una escalera —apuntó.

—Al otro lado de la tapia hay un talud muy empinado durante seis o siete metros, que luego se suaviza hasta llegar al camino viejo. A menos que usaran una escalera de bomberos, pero no iban a robar el coche bomba del municipio.

—Lear, lo mío es averiguar las causas de la muerte de Kalb. Lo tuyo es averiguar quién y cómo lo hizo —se despidió el forense.

Donna Wallace hizo su aparición en aquel instante.

—Lear...

El joven se volvió. Ella vio el cadáver y lanzó un gemido.

—Es horrible.

Dos camilleros entraron en el dormitorio. Chilton se sentía completamente desconcertado.

De pronto, se asomó la cocinera.

—*Sheriff*, Pete Bullit le llama por la radio del coche —dijo.

—Está bien, gracias, Juanita.

El joven echó a correr escaleras abajo. Momentos después, tomaba el micrófono.

—Jefe, estoy en el lado Norte de la propiedad, por la parte de fuera. Venga pronto, por favor.

—Está, bien, Pete.

Donna abrió la otra portezuela del coche.

—¿Hay inconvenientes, Lear? —preguntó, con cálida sonrisa.

—Ninguno.

Chilton hizo arrancar el vehículo. El pesado portón de metal estaba abierto. Unos metros más abajo, viró hacia la izquierda y remontó la pendiente a toda velocidad.

Bullit les hizo señales de que se detuviera.

—No siga, jefe; creo que he descubierto algo interesante.

Chilton siguió a su ayudante. Bullit le enseñó unas marcas de neumáticos profundamente impresas en el suelo.

—Era un camión pesado y estuvo parado aquí unos minutos, muy pocos, lo suficiente para que alguien pudiera cargarse a Kalb.

—Un camión pesado —repitió Chilton.

—Sí, jefe. Pasó alrededor de las tres y cuarto de la madrugada. Yo lo vi; era enorme, con cabina para largos viajes y una carga muy voluminosa, cubierta con una lona. Pensé que tal vez llevaría alguna maquinaria a la mina de la Sierra y no le di más importancia al suceso. Usted sabe que no es frecuente, pero que, a veces, los hombres de la mina...

—Sí, sí, lo sé —dijo el joven, impaciente—. ¿Qué más, Pete?

—Bueno, cuando me enteré de que habían asesinado a Kalb y que no lo había hecho nadie de dentro de la casa, empecé a pensar cómo lo haría yo, si fuese el asesino. Subirse a la tapia es imposible por la alarma; yo la oí funcionar una vez y aquello rompía los cristales, créame. Una escalera de mano, que no se apoyase en la tapia, tampoco parecía posible, ya que no se podría utilizar a causa del talud ni tampoco he encontrado huellas en la tierra. Sólo queda una solución: un camión de bomberos o algo por el estilo.

—Con un brazo articulado y una caja para que un hombre pueda enfocar la manguera hacia el lugar más afectado por el fuego —adivinó Chilton.

—Exactamente, jefe. Hay aparatos de esos que pueden llegar a veinticinco metros de altura.

—Comprendo, pero era de noche y, ¿cómo pudo el tirador acertar a la víctima?

—Jefe, si se empalma una manguera al brazo articulado, ¿no se puede situar también un reflector encima del cubo donde se sitúa el tirador?

—Pete, eres un chico muy listo —sonrió Chilton—. Dejaré aquí a Red para que tome un vaciado de las huellas de neumáticos. Tú ve a buscar a Romero. Dile que recorra todo el camino viejo, a poca

altura, para seguir el rastro de ese camión de bomberos, ¿estamos?

Bullit chasqueó los dedos.

—Al señor Anders le va a saber a cuerno quemado —dijo gráficamente.

—Por mi parte, el señor Anders se puede ir a la...

Chilton recordó de pronto que no estaba solo y se volvió hacia la periodista.

—Dispénseme, Donna; he estado a punto de soltar una palabrota.

Ella rió estruendosamente.

—No se preocupe; me imagino de sobra adónde pensaba enviar a Cliff —contestó—. Pero, dígame, ¿qué opina usted sobre los motivos del crimen? Recuerde que soy periodista, Lear.

—Le diré algo cuando sepa más detalles. De todos modos, en su primera información, puede decir a su periódico que la muerte de Kalb se debe a un clásico ajuste de cuentas. Abreviando, alguien le consideró como un desertor.

—Y lo hizo ejecutar.

«Por quinientos mil dólares», pensó Chilton. Pero no quiso decírselo a su bella interlocutora.

—En efecto, fue ejecutado... por deserción —respondió.

CAPÍTULO VI

Lear Chilton había interrogado extensamente a las dos mujeres que componían la servidumbre de la casa. Su primer ayudante, Red McKay, se había encargado de dar la alarma, a fin de que todas las patrullas policíacas del estado iniciaran la búsqueda de Rudy Norman. También se había participado que era preciso buscar un camión de bomberos, provisto de brazo articulado de gran longitud.

Bullit, con el helicóptero de Romero, había seguido el rastro del camión, fácil de ver desde poca altura, debido al desmesurado tamaño de sus ruedas. Pero el rastro se perdía a unas treinta millas de San Orencio. Al regresar, Bullit dijo que, seguramente, los ocupantes del vehículo pesado habrían borrado las huellas, pero que no cabía la menor duda de que había tenido que pasar por Crawford, localidad situada al otro lado del desierto. En Crawford, sin embargo, nadie había visto el camión de bomberos.

—Cuando pueda, yo mismo seguiré ese rastro —dijo Chilton.

A mediodía, despertó Stella.

Juanita le sirvió algo de comer, pero la chica rechazó todo alimento sólido, limitándose a ingerir una taza de café. Chilton la contemplaba en silencio.

—Puedo responder a tus preguntas —dijo Stella momentos después.

—No serán muchas. Si fuiste sincera conmigo, no estabas enterada de la gran mayoría de los asuntos de tu padre.

—Siempre te dije lo que yo sabía, Lear.

—Gracias. También dijiste que creías que estaba escribiendo sus memorias o algo por el estilo.

—Sí, es cierto.

—Norman se marchó muy temprano, cruzándose con Juanita y

la asistenta. El despacho de la torrecilla está limpio de papeles.

—No sé cómo pudieron traicionarle...

—Stella, esos hombres eran unos forajidos. No sé quién lo haría, pero los convencieron con dinero. ¿No fuiste tú misma la que encontró dos mil dólares en el equipaje de Proyd?

—Sí, es cierto.

—La bomba postal falló, pero no el otro procedimiento.

—Lear, ¿cómo lo mataron? —preguntó Stella.

—Luego te lo explicaré. Ahora, dime, por favor, ¿sabes si hay testamento en alguna parte?

—Se lo oí decir a mi padre, pero nunca lo he leído.

—Clark Tower te pertenece. Es una propiedad muy valiosa. Tendrás que darme permiso para investigar en la cuenta del Banco de tu padre.

—Sí, desde luego.

—¿Hay alguna caja fuerte en la casa?

—Arriba, en la torrecilla. Conozco la combinación, Lear.

Stella se puso en pie, ajustándose maquinalmente el cordón de la bata que aún llevaba puesta. De pronto, vaciló un poco y se apoyó en el brazo del joven.

—Lear, ¿qué haré ahora? —gimió.

—De momento, ir unos días a nuestro rancho. Allí descansarás y lo olvidarás todo.

Luego... bien, tendrás que decidir por ti misma. Tu padre vino aquí a refugiarse, pero el caso tuyo es bien distinto. Tú no tienes que temer nada...

—Estás equivocado. En esta casa, en alguna parte, hay quinientos mil dólares. ¿Qué pasa si alguien viene a pedírmelos y yo no se los doy, porque ignoro dónde están?

Chilton frunció el ceño.

—Ya hablaremos luego de ese problema —dijo.

Momentos después, entraban en la torrecilla. La caja de caudales estaba al descubierto, parcialmente empotrada en la pared.

Stella movió la ruedecilla de la combinación. Luego hizo girar la manija y tiró de la puerta.

—¡Está vacía! —exclamó.

Chilton inspiró con fuerza.

—No toques más la caja. Haré que vengan a tomar las huellas

dactilares... aunque me imagino que el ladrón se habrá cuidado muy bien de limpiar todo el metal. ¿Sabes, al menos, dónde está el testamento?

—Sí, depositado en el Banco...

—No lo toques por ahora. Stella, ¿quieres que te lleve al rancho? Allí estarás más tranquila y me gustaría que te esforzaras por recordar el menor detalle que pueda conducirnos a la pista de esos quinientos mil dólares.

—Lear, ese dinero no me interesa en absoluto —declaró ella con firmeza.

—Precisamente por eso mismo quiero encontrarlo —respondió él enigmáticamente.

* * *

Barney Kalb fue enterrado al día siguiente, ante una escasa concurrencia, en la que, lógicamente, figuraba la hija del difunto, rigurosamente vestida de negro de pies a cabeza. También asistieron las dos sirvientas, Chilton y uno de sus ayudantes, y Donna Wallace.

Concluida la fúnebre ceremonia, Donna se acercó a la muchacha y le expresó su condolencia. Chilton acompañó luego a Stella hasta su propio automóvil.

—Te llevaré al rancho —dijo—. Aguarda un momento, por favor.

Donna estaba a pocos pasos de distancia. Cuando Chilton se dirigía hacia su ayudante, ella le cerró el paso.

—Lear, no sabe cuánto celebro haberle conocido —dijo, a la vez que alargaba su mano.

Chilton la miró sorprendido.

—Diríase que se va de San Orencio —exclamó—. Sí. Ya he terminado mi labor.

—La felicito, aunque lo siento por otra parte. Espero que el *San Orencio Weekly* de hace un siglo le haya resultado muy útil para su historia.

—Sí, he conseguido bastante información de ese antiguo semanario. Y de Anders también, por supuesto.

—Entonces, sólo me queda desearle un éxito completo.

Dedíqueme un ejemplar de su obra, cuando se publique.

—Se lo prometo. Ah, y apague el fuego de la rivalidad —sonrió la periodista.

—Usted sabe que por mi parte está apagado. No quedan ya ni las cenizas, Donna.

Ella volvió a sonreír. Luego se encaminó en busca de su automóvil. Después de sentarse tras el volante, agitó una mano en señal de despedida.

Acto seguido, Chilton se volvió hacia su ayudante.

—Red, síguenos con mi *jeep*. Voy al rancho de mis padres; mira a ver cómo está de gasolina el tanque y no te olvides de poner una lata de agua.

—Vamos al desierto, ¿eh? —Adivinó el ayudante—. Sí, exacto.

* * *

—Según dijo Pete, las huellas del camión de bomberos se pierden a unas treinta millas, en las inmediaciones de Ghost Canyon, de modo que ya no podemos encontrarlos muy lejos del lugar donde se detuvo el vehículo —dijo Chilton.

—Jefe, un cacharro de ésos pesa un montón de toneladas. No se ha podido ir volando por los aires —exclamó McKay.

El *jeep* rodaba a pequeña velocidad. Chilton, en pie, apoyado sobre el parabrisas, seguía con la vista las enormes marcas dejadas por el vehículo pesado. De pronto, emitió una orden:

—Para, Red.

El *jeep* se detuvo en el acto. Chilton saltó al suelo y contempló el camino, absolutamente liso y sin huellas de ninguna clase.

A la derecha, el terreno se hundía, formando una especie de barranco, de pendiente muy suave y laderas rocosas y empinadas. Las piedras abundaban en el suelo, aunque también había muchos espacios arenosos.

McKay aguardaba flemáticamente en su sitio. Al cabo de un rato, Chilton movió la mano:

—Sígueme, Red.

El *jeep* se puso de nuevo en marcha, a la velocidad de una persona al paso. De cuando en cuando, Chilton se detenía para observar el suelo. Súbitamente, señaló algo con la mano:

—Se les olvidó borrar esta pisada, Red —exclamó alegremente—. Toma un molde; puede servirnos en cualquier momento.

—Bien, jefe.

McKay empezó a preparar la escayola. Chilton continuó andando, adentrándose ya en el barranco al que se llamaba cañón, pensó, con evidente exageración. Lo que no cabía duda era de que algunas rocas tenían una vaga figura humana, un tanto espectral, de donde le venía el nombre: Cañón de los Fantasma. En algunos sitios, no obstante, los muros alcanzaban veinticinco y más metros de altura.

Trescientos metros más adelante, Chilton se detuvo ante un trozo de pared de una forma y colorido peculiares. Sonrió, mientras alargaba las dos manos. A menos que se estuviese junto a ella, era difícil apreciar que la pared no era otra cosa que una lona hábilmente pintada.

Tiró con fuerza. La grieta era lo suficientemente ancha como para contener incluso dos camiones del mismo tipo.

Chilton se acarició el mentón, profundamente intrigado. ¿Quién había guiado a unos forasteros hasta un lugar apenas conocido de los propios nativos?

La lona, mejor o peor plegada, fue a parar a la plataforma del vehículo. McKay se quedó pasmado, cuando vio surgir aquel monstruo por la entrada del cañón.

—¿Has terminado ya, Red? —preguntó el joven, asomándose por la ventanilla.

—Estoy esperando a que se endurezca la escayola... ¡Santo Dios! ¿De dónde ha sacado ese artefacto?

—Lo escondieron en el cañón. De momento, lo llevaré al depósito municipal. Veremos quién se presenta a reclamar algo que vale cincuenta o sesenta mil dólares.

—Es cierto, una cosa como ese trasto no se tira así como así. Pero ¿cómo diablos se fueron sus ocupantes?

—Helicóptero, muchacho. Una hora previamente convenida y todo listo.

—Sí, jefe, aunque este asunto ha debido de costarles pasta larga.

Chilton pensó en los quinientos mil dólares que había en alguna parte de la propiedad de Kalb.

—Simplemente, una inversión financiera —contestó.

La llegada del camión de bomberos a San Orencio causó verdadera sensación. Uno de los más asombrados fue Anders. Estaba en su oficina y bajó inmediatamente a la calle.

—¡Lear! ¿De dónde has sacado eso? —gritó.

Chilton pisó el freno.

—Se supone que es el vehículo que utilizaron para disparar contra Kalb —contestó—. Ahora lo llevaré al depósito y buscaremos todas las huellas posibles. Luego... bien, veremos a ver quién se presenta a reclamarlo.

—Mucho te preocupas por el asesinato de un *gángster* —dijo Anders despectivamente.

—Gángster o no, era un ciudadano que en San Orencio no había provocado el menor conflicto, ¿comprendes?

—¿Te preocuparías de esa muerte, si no hubiese tenido una hija llamada Stella?

—Me preocupo de esa muerte, tanto como si se tratase de la tuya —replicó Chilton incisivamente.

Anders enrojeció.

—Lear, hay bromas que no me gustan —dijo.

—Tampoco a mí. Es más, te diré una cosa: ojalá te elijan alcalde. Ese día, puedes tenerlo por seguro, dimitiré de mi cargo.

Chilton movió la palanca de cambios.

—En cuanto a este camión, si nadie se presenta a reclamarlo, el municipio se beneficiará de él —dijo como despedida.

CAPÍTULO VII

Apoyada en una cerca de madera, pintada de blanco, Stella contemplaba los movimientos del desbravador. De pronto, oyó la voz de Chilton a su lado.

—¿Te divierte? —preguntó.

—Mucho —contestó ella—. Sin embargo, nunca me imaginé que el oficio de domador de caballos subsistiera todavía en esta época.

—En un rancho, siempre se necesitan caballos, aunque se disponga de vehículos todo terreno y de tractores para sembrar y cosechar. Yo mismo, antes de aceptar el cargo, he subido a la Sierra en más de una ocasión. Allí, aunque te parezca mentira, todavía quedan caballos salvajes.

—Fantástico —comentó Stella—. Lear, el rancho me gusta enormemente. Hay una fabulosa cantidad de árboles, hierba por todas partes... ¿cómo se ha obrado esta maravilla, teniendo el desierto a cuatro pasos?

—Bueno, hubo un Ransome que se cansó de esperar la lluvia y padecer sequías y cierto día arriesgó todo su capital en perforar el suelo. A doscientos sesenta metros, encontró agua... con tan buena suerte, que ni necesitó comprar una bomba o montar un molino de viento. ¿Has visto el manantial del lado Norte?

—Sí, ayer fui paseando con tu madre. Allí se forma un estanque maravilloso...

—Te aconsejo que vayas a nadar cuando gustes. Lo pasarás bien —sonrió Chilton.

—Así lo haré. Lear, ¿no se ha presentado nadie a reclamar el camión? —preguntó Stella de pronto.

—Todavía no. Pero vendrán a buscarlo.

—¿Qué le dirás al reclamante?

—Depende de la hora que venga a reclamar su propiedad.

—No entiendo...

Chilton se puso un cigarrillo entre los labios.

—Es muy posible que quieran llevárselo sin permiso —explicó.

—Oh, ya entiendo. Ese camión vale una fortuna, Lear.

—Así es. Y ya que hablas de fortunas, ¿qué me dices del medio millón de dólares?

Stella hizo un gesto de desaliento.

—Nada, no se me ocurre la menor idea —contestó.

Chilton palmeó suavemente una de las manos de la muchacha.

—No te preocupes —dijo.

De pronto, se oyó el rumor de un automóvil que se detenía en las inmediaciones. Chilton y Stella volvieron la cabeza en el acto.

Tres hombres se apearon del coche, enorme, de color negro. Uno de ellos vestía con inusitada elegancia, con ropas de color claro y sombrero de ala ancha, aunque no era de vaquero. La elegancia del atavío, sin embargo, quedaba desvirtuada por los horribles colores de la corbata.

Los recién llegados se acercaron a la pareja.

—Buenos días —dijo el que estaba en el centro—. Me han dicho que Stella Kalb se aloja temporalmente en este rancho. Soy Quint Howard, de Denver. Mis colaboradores, Davy Thaller y Clint Wolby —presentó el sujeto.

—Yo soy Stella Kalb —dijo la muchacha—. Les presento a Lear Chilton, *sheriff* de San Orencio.

—Tanto gusto, señorita. Encantado, *sheriff*.

Chilton se tocó el ala de su sombrero. Howard se volvió hacia la muchacha.

—Señorita Kalb, desearía hablar en privado con usted —manifestó.

—Puede hacerlo en presencia del *sheriff*. Es buen amigo y no tengo nada que ocultarle —respondió Stella.

—Muy bien —dijo Howard—. Simplemente, deseo comprarle su propiedad, Black Tower, por el precio de veinticinco mil dólares. He estado viéndola desde afuera y, por los informes que tengo, es un lugar que me agraderá enormemente. ¿Qué me contesta? —
¿Veinticinco mil dólares?

—Sí, señorita.

—Treinta mil, señor Howard.

El individuo parpadeó.

—Sea, treinta mil —cedió—. ¿Cuándo le parece que procedamos a la firma de la documentación?

—¿Mañana?

—Mi abogado para este asunto es Cliff Anders. Estaré en su oficina, a las diez, señorita Kalb. Adiós, *sheriff*.

Los tres sujetos se marcharon rápidamente. Chilton se pellizcó el labio inferior.

—Stella, ¿por qué has cedido tan fácilmente? —preguntó.

—No quiero volver más a Black Tower —respondió la muchacha—. Es cierto que mi padre se gastó mucho más dinero en su construcción, pero prefiero perder unos miles a seguir manteniendo un lugar que ahora detesto con toda mi alma.

—Allí, en alguna parte, hay quinientos mil dólares —le recordó él.

—Lo sé, pero una vez te dije que no quería ese dinero. He heredado el apellido de mi padre, pero no la sangre que mancha esos billetes.

—Quizá fue obtenido en operaciones legales.

—Si fuese así, ¿por qué no lo invirtió en acciones? ¿Por qué tenía que esconder medio millón en billetes, si no fuese porque temía que, al invertirlo, la policía pudiera hacerle preguntas indiscretas? No, no quiero más ese dinero ni tampoco la propiedad, Lear.

—Entonces, ¿qué harás, Stella?

Ella se encogió de hombros.

—No lo sé todavía —contestó desanimadamente.

* * *

Al ver las luces del coche que se acercaba, Pete Bullit salió a recibir a su jefe.

—Nada todavía —informó.

—Está bien, vete a dormir. Yo vigilaré el resto de la noche.

Bullit pareció vacilar un momento. Chilton advirtió sus dudas.

—¿Qué te ocurre, Pete?

—Jefe, no quisiera ser un aguafiestas, pero ¿cree que vendrán?

Los periódicos han hablado suficientemente del caso. Tú me has visto hablar con decenas de periodistas. Eso es un buen reclamo, créeme.

—Sí, desde luego. Aunque veremos después qué dice el señor Anders cuando empiece a ver las notas de las horas extraordinarias...

—¡El señor Anders no es ni alcalde ni *sheriff*! —contestó Chilton malhumoradamente—. Pete, no olvides esto: yo respondo de todo. ¿Entendido?

—Dispense, jefe; no quise molestarle.

—Entonces, lárgate a dormir.

Bullit se marchó a escape. Chilton, todavía en el interior de su coche, penetró en el recinto y estacionó el vehículo en un lugar discreto, desde donde podía ver perfectamente la mole del camión de bomberos.

Casi estaba seguro de que alguien vendría a llevárselo, pero... ¿no podía equivocarse? De todos modos, pensó, prolongaría la vigilancia otra noche más. Si no aparecía alguien para llevarse el vehículo furtivamente, quitaría alguna pieza importante del motor, con lo que así conseguiría el mismo resultado que quedándose en el depósito a vigilar.

—Hasta cierto punto, porque si vienen cuando todos dormimos y no pueden llevarse el camión, no sabremos quiénes lo hicieron.

Podía dormir tranquilamente. Si alguien quería llevarse el vehículo, el estruendo del motor lo despertaría indefectiblemente.

Pero estaba desvelado. La discusión con su ayudante le había puesto de mal humor.

Además, pensaba en Stella. La joven iba a vender la propiedad y se marcharía de San Orencio. ¿Podía retenerla en la ciudad?

Quizá había un procedimiento, pero no se atrevía a emplearlo. ¿Y si ella rechazaba su propuesta de matrimonio?

Transcurrió una hora. Chilton empezó a sentir que su nerviosismo se disipaba. Ahora podría dormir un rato.

De pronto, oyó el rumor de un coche que se detenía en las inmediaciones. Irguió el cuerpo. Segundos más tarde, vio a dos hombres que se dirigían *al* recinto.

Silenciosamente, sacó el revólver. Abrió con todo cuidado y se deslizó por la parte posterior, hasta situarse al otro lado del camión

de bomberos.

—Ahí está, tú —dijo uno de ellos repentinamente.

Los dos sujetos se acercaron al vehículo. Chilton se hizo visible en aquel instante.

—Será mejor que levanten las manos —ordenó—. Están arrestados por invadir un recinto propiedad del municipio.

La sorpresa de los dos hombres fue enorme. De súbito, uno de ellos sacó una pistola y disparó contra Chilton.

El joven se agachó y disparó también. Uno de los intrusos echó a correr. El otro retrocedió, haciendo fuego incesantemente con su pistola. Súbitamente, lanzó un grito y cayó de espaldas.

—¡No tire, estoy herido!

Chilton se incorporó. El sujeto estaba caído a una docena de metros de distancia, agarrándose una pierna con las dos manos.

—Si se mueve, considérese muerto —dijo severamente, a la vez que avanzaba hacia el intruso.

* * *

La puerta de la oficina se abrió casi violentamente. Cliff Anders, seguido de Howard, entró en el despacho.

—Lear, tengo entendido que has herido a un hombre —dijo Anders.

—Así es. No tiene gran cosa, un sedal en la pantorrilla derecha. El médico ya lo ha curado.

—Pero está en una celda...

—No se va a morir, descuida. Pero ¿qué te interesa a ti de ese individuo?

—Soy su abogado. Vengo a que lo pongas en libertad, bajo fianza, naturalmente.

Chilton parpadeó, asombrado. Miró a Anders primero y luego a Howard. El forastero le contemplaba a su vez, con rostro impasible.

—¿Eres el abogado de Rock Banner? —preguntó.

—Sí. Bien, ¿qué me contestas?

—Ve a hablar con el juez. Ya tiene la acusación lista. Yo no puedo soltar a ese individuo por mi cuenta.

—¿Cuál es la acusación, Lear?

—Complicidad en el homicidio de Barney Kalb, intento de robo

en el depósito municipal de vehículos y agresión a un representante de la ley. Si traes la orden judicial, tendré mucho gusto en soltarlo, Cliff.

—Está bien, ahora mismo iremos a hablar con el juez...

—Señor Howard, ¿qué interés tiene usted en Banner? —preguntó Chilton.

—Es amigo mío —contestó el interpelado con voz neutra—. Se ha metido en un apuro y quiero ayudarlo, eso es todo.

—Noble proceder —elogió el joven—. Bien, ya sabe cómo está la situación. ¿Algo más, Cliff?

—No, eso es todo.

Los dos hombres abandonaron la oficina. Bullit se asomó instantes después.

—Jefe, ¿en qué clase de negocios cree que se está metiendo el señor Anders? —preguntó.

—No lo sé, Pete, francamente, no lo sé.

—Yo tampoco, pero si quiere que le diga la verdad, no me gustaría estar en su pellejo. Si alguna vez he visto a un hombre con cara de asesino, ése es Quint Howard.

Bullit abandonó el despacho. ¿En qué jaleos se había metido aquel estúpido de Anders? Probablemente, se había dejado cegar por el brillo del oro..., pero detrás de aquel dorado resplandor había algo de color rojo.

—Lo malo es que debiera tener la suficiente inteligencia para saber verlo y darse cuenta de que, si sigue así, acabará siendo un pelele en manos de Howard —soliloquió.

—Si mencionas a Howard, te diré que ya le he vendido Black Tower —sonó de pronto la voz de Stella.

Chilton se puso instantáneamente en pie.

—Perdona, estaba distraído...

—Tan distraído, que hablabas solo —rió ella—. ¿Te ocurre con frecuencia?

Estoy muy preocupado, Stella.

—¿Por Howard?

—Por. Howard, por Anders..., por todo, en suma. Lo siento de veras. Dime, ¿qué puedo hacer por ti?

Ella le miró fijamente.

—Me marchó hoy mismo —dijo—. No sé cuándo volveré, Lear.

Chilton apretó los labios.

—Te comprendo perfectamente. Envíame una postal de cuando en cuando —pidió.

Stella avanzó hacia el joven.

—Necesito viajar un poco —manifestó.

—Claro.

—Tú siempre has sido muy bueno conmigo. Nunca lo olvidaré, Lear.

—Bah, no ha tenido importancia...

—Prácticamente, has sido el único amigo que he tenido en San Orencio. Eso es muy de agradecer, créeme.

Chilton sonrió.

—Me gusta oírte hablar así. ¿Cuándo te marchas?

—Voy a despedirme de tus padres. Almorzaré con ellos. Luego...

Stella se empinó de puntillas, pero esta vez el beso fue a los labios y no a la mejilla de Chilton.

—Vuelve —dijo él.

—Lo intentaré —contestó Stella, con los ojos llenos de lágrimas.

Al atardecer, Stella tomó la carretera que se dirigía hacia el Este. A cuatro kilómetros de San Orencio, al remontar una ligera pendiente, un coche se cruzó repentinamente en el camino.

Stella frenó violentamente. Irritada, apostrofó al conductor del otro vehículo:

—¿Es que se ha vuelto loco? —gritó—. He podido matarme...

De pronto, dos hombres bajaron corriendo del otro automóvil. La cólera que sentía la muchacha fue sustituida en el acto por el miedo, al ver las pistolas que empuñaban aquellos individuos.

—Bájese —ordenó uno de ellos.

Stella obedeció. Sabía perfectamente que cualquier resistencia era inútil.

En pocos segundos, sus muñecas estuvieron unidas por una ancha tira de cinta adhesiva. Otro trozo del mismo tejido tapó su boca. Luego, sin la menor ceremonia fue empujada hacia el otro automóvil, en donde le colocaron una capucha negra que tapaba su cabeza por completo.

No obstante, pudo escucharse una orden:

—Llévate ese coche; ya sabes lo que hay que hacer con él.

—Descuida.

Stella sintió que había un hombre a su lado.

—No se preocupe, señorita; no le causaremos el menor daño — dijo—. Pero la necesitamos... para algo que ya sabrá en el momento oportuno.

Stella no podía hablar, aunque hartó se imaginaba los motivos del secuestro. Lo peor de todo era que no podría avisar al *sheriff* de San Orencio, pensó desconsoladamente, mientras el automóvil arrancaba a toda velocidad con rumbo desconocido.

CAPÍTULO VIII

Cliff Anders acudió al día siguiente a la oficina del *sheriff*, con unos papeles en la mano.

—El juez ha ordenado que se ponga en libertad a Banner —dijo altivamente.

—¿Ha sido muy elevada la fianza?

—Yo respondo de él, Lear.

—Ah, fianza personal.

—Exactamente.

—Muy bien. ¡Red! —llamó Chilton a través del interfono—, ven inmediatamente. McKay abrió la puerta instantes después.

—¡Jefe!

—Banner está libre. Suéltalo.

—Pero no puede andar...

Chilton miró a Anders.

—¡Que se arrastre, si quiere salir! —contesté violentamente.

—Bien, jefe.

—Lear, ese comportamiento no es propio de un *sheriff* —dijo Anders con suavidad.

—El tuyo, ¿es digno de un abogado?

Anders enrojeció.

—No tengo nada más que decirte —contestó.

—Aguarda un momento. El camión de bombero está todavía en el depósito. ¿Quién va a reclamarlo?

—Eso ya no es cuenta mía, Lear.

—Claro que no. Dispensa, Cliff.

Anders abandonó la oficina a grandes zancadas. Chilton se puso en pie. Al fondo, aparecía un individuo caminando con grandes dificultades. Banner tenía necesidad de apoyarse con una mano en

la pared, para poder cruzar el corredor que le conduciría a la libertad.

Chilton se puso un cigarrillo entre los labios. Con paso_ medurado, se dirigió hacia la puerta. Fuera del porche vio a cuatro hombres charlando animadamente.

Anders estaba con Howard y sus dos esbirros. Chilton los conocía ya desde el día en que los vio en el rancho. De pronto, uno de ellos, Wolby, lanzó una exclamación:

—¡Ahí está Banner!

—Ayúdale a llegar al coche, Clint —ordenó Howard.

—Sí, señor.

Wolby echó a andar hacia la puerta del edificio. Chilton observó que se trataba de un individuo de notable estatura. Pero lo que más llamó su atención fueron los pies, enormes, incluso para un hombre de tan elevada talla.

De súbito, concibió una sospecha.

—Wolby, párese —ordenó.

El sujeto se detuvo en el acto.

¿Qué le pasa ahora, *sheriff*? Voy a ayudar a ese amigo...

—Su amigo puede esperar un minuto. En todo caso, el señor Thaller puede sustituirle perfectamente. ¡Red!

¿Estás ahí?

—Sí, jefe —contestó el ayudante desde la entrada.

—Por favor, trae el molde de la huella que encontramos el otro día en la entrada del Ghost Canyon.

—Sí, señor.

Chilton fijó la vista en Wolby.

—Era la pisada de un pie enorme —dijo—. Quedó magníficamente grabada en la arena y tomamos un molde, ¿comprende?

Finas gotas de sudor empezaron a brotar de la frente del sujeto. Chilton comprendió que se hallaba ante uno de los individuos que habían tomado parte en el asesinato de Kalb.

De repente, Wolby dio un paso hacia atrás.

—No se mueva —ordenó Chilton secamente.

Apoyado en la puerta, Banner contemplaba la escena.

Anders, Howard y el otro sujeto se hallaban a ocho o diez pasos de distancia.

McKay llegó segundos más tarde.

—Jefe, aquí está el molde...

Un extraño rugido le interrumpió repentinamente. McKay, alarmado, lanzó un grito:

—Pero ¿qué hace usted, loco?

Una pesada automática había aparecido en la mano de Wolby. El sujeto apretó el gatillo una vez, pero el tiro no salió.

Wolby maldijo obscenamente, mientras forcejeaba para quitar el seguro del arma. En el mismo instante, McKay, por encima del hombre de Chilton, hizo fuego con su «38» de reglamento.

Se oyó un gruñido. Wolby se irguió convulsivamente. Luego, muy despacio, empezó a girar. Anders se aterró al ver el rojo orificio que había aparecido repentinamente entre los dos ojos del sujeto. Instantes después, Wolby se desplomaba al suelo, en medio del asombro y la estupefacción de los presentes.

Anders tenía la boca abierta. Súbitamente, giró a un lado, se inclinó y empezó a vomitar. Howard apretó los puños.

Chilton se relajó y volvió a la funda el revólver que la decidida acción de su subordinado le había evitado usar. Luego levantó un poco la mano izquierda, sin dejar de mirar a Howard.

—Red, el molde.

—Sí, jefe.

Chilton se arrodilló junto al caído. El molde coincidía exactamente con el zapato derecho.

Todavía en la misma posición, levantó la vista.

—Wolby fue uno de los que intervinieron en el asesinato de Kalb. Esta huella fue encontrada en las inmediaciones del lugar donde se escondió el coche de bomberos —dijo.

Howard hizo un esfuerzo.

—Yo no tengo nada que ver con ese asunto —respondió—. Hace tiempo pasé por aquí, vi Black Tower y decidí que algún día compraría esa propiedad. Cuando me enteré de la muerte de su dueño, vine a San Orencio, eso es todo.

—Me gustaría creerle, señor Howard. Pero, puesto que no tengo otras pruebas, debo aceptar su palabra. Cliff, ¿te sientes mejor?

Anders se limpiaba los labios con un pañuelo.

—Eso es... un crimen... —tartamudeó.

—¿Piensas acusar a Red?

Howard extendió una mano.

—Déjelo, señor Anders —dijo, aparentemente conciliador—. El comisario ha hecho bien en disparar contra un hombre que estuvo a punto de matar a su superior. Davy, ayuda a Rock.

Thaller avanzó hacia el recién liberado. Banner aparecía terriblemente pálido.

Bullit llegaba en aquel momento con uno de los coches de patrulla. Vio el cadáver y lanzó una exclamación de asombro.

—Jefe, me dijeron por teléfono que había habido un tiroteo...

—Ese tipo quiso matarme. Estoy vivo, porque apretó el gatillo sin haber quitado previamente el seguro de su pistola —contestó el joven sombríamente.

* * *

El cuello de la botella tintineó al chocar contra el vaso.

—Tiene usted muy mal pulso, abogado —dijo Howard—. ¿Es la primera vez que ve morir a un hombre?

Anders despachó de un trago el contenido del vaso.

—Oiga, esto es más serio de lo que parece...

—Lo es —cortó Howard fríamente—. ¿O es que se cree que en los negocios se gana dinero con buenas palabras solamente?

—Usted no me dijo...

—Yo no tengo por qué decirle nada, sino ordenarle, eso es todo. Por supuesto, si no quiere seguir a mi lado, está a tiempo de cortar nuestra relación. Pero al *sheriff* le gustaría mucho recibir una cartita con la fotocopia de un recibo firmado por usted, a cambio de cinco mil dólares en efectivo. Oh, no es que sea nada ilegal, pero el importe de sus honorarios se sale un poco de lo corriente.

Anders llenó el vaso de nuevo.

—Deje de beber —cortó Howard ásperamente—. El *whisky* no va a resolver ninguno de sus problemas. Usted odia al *sheriff* y quiere deshacerse de él, ¿no es cierto?

—¿CÓ... cómo lo sabe? —tartamudeó Anders.

Howard se reclinó en el butacón. El diálogo tenía lugar en el despacho del abogado.

—Tengo buenos informadores, eso es todo —contestó—. Pero si Chilton continúa en su puesto, usted puede ver en grave peligro sus

aspiraciones de llegar a alcalde, ¿no es cierto?

—Puedo conseguirlo, con o sin Chilton...

Un *sheriff* honesto le impediría disfrutar del cargo. Siempre estarían en conflictos, y no lo digo solamente por la rivalidad de los apellidos. A usted, tanto como a mí, nos conviene un *sheriff* que no haga demasiadas preguntas y que considere que gana un sueldo escaso. ¿No lo cree así?

La nuez de Anders subió y bajó varias veces.

—¿Có... cómo piensa hacerlo? Un asesinato no...

Howard se echó a reír.

—Cuando yo termine con Chilton, habrá quedado en tales condiciones, que nadie se atreverá a mirarle a la cara —dijo—. Pero no se preocupe, no tendré necesidad de verter una sola gota de su sangre.

—Pero ¿cómo? —insistió Anders.

—Lo sabrá en el momento oportuno.

Howard se puso en pie.

—Ocúpese de los trámites necesarios para enterrar a ese estúpido de Wolby —se despidió glacialmente.

Momentos después, se sentaba en el asiento posterior del coche. Thaller era el conductor. A su lado, Banner se quejaba sordamente.

—Rock, si no cierras el pico, te arrojaré a la piscina atado de pies y manos —dijo Howard con acento de mal humor—. Te hemos sacado de un grave aprieto, así que no vuelvas a quejarte o diré al abogado que retire la fianza, ¿entendido?

Banner apretó los labios. La pierna le dolía. Aquel maldito *sheriff*, pensó, rabioso.

Minutos más tarde, un hombre abría el portón de acero.

—Todo en orden, señor Howard —informó.

—Gracias, Burton.

El coche siguió rodando. Había otro individuo en la puerta de la casa. Rudy Norman se apresuró a abrir servilmente la puerta del automóvil.

—Por aquí, todo bien, salvo que la cocinera se ha negado a trabajar para usted —dijo.

—Me parece estupendo. Esa mujer podría meternos en algún aprieto. Ya buscaremos otra, no te preocupes —contestó Howard.

—Sí, señor.

Howard entró en la casa. Con paso rápido, se encaminó a la escalera que conducía al piso superior, recorrió el pasillo y luego tomó la otra escalera. Al llegar a su final, sacó una llave del bolsillo y abrió la puerta.

Stella se volvió en el acto.

—¿Plasta cuándo me va a tener prisionera? —exclamó.

Howard sonreía de un modo extraño.

—Yo no tengo ninguna prisa —contestó—. Nadie sabe qué estás aquí, de modo que lo mismo puedes estar un día... que cincuenta semanas.

—Le he dicho que no sé dónde dejó mi padre el dinero, si es que realmente existe ese medio millón —dijo Stella con gran vehemencia.

—Preciosa, la verdad es que no era medio millón, sino un poco más: tres cuartos de millón. Todo ese dinero está en hermosos billetes de Banco, cuya numeración no fue registrada. Cuando me digas dónde está, quedarás libre, ¿entendido?

Stella sonrió despectivamente.

—¿Me cree tonta? Repito que no lo sé, pero, aunque lo supiera, no se lo diría.

Ordenaría que me pegasen dos tiros en el acto, porque usted no podría consentir que yo informara al *sheriff* de lo que me sucede ahora.

—Te llevaremos muy lejos...

—Hay teléfonos, telégrafos, correos... Una vez más le digo que ignoro dónde está ese dinero. Ahora, haga lo que quiera conmigo.

Stella cruzó los brazos bajo el seno. Howard la contempló unos instantes de un modo que la hizo enrojecer.

—Terca y dura como tu padre... pero también muy atractiva —dijo el sujeto—. Muy bien, yo te ablandaré, no te preocupes. De todos modos, hay que alabar a tu padre, por la idea de poner esos cristales en las ventanas. Aparte de que son blindados, no se puede ver nada desde el exterior. Una excelente precaución que no le sirvió de nada, pero que, en cambio, a mí me resulta muy útil. Ahí te dejo para que reflexiones. Hasta mañana no volveré a verte.

—Tengo hambre y sed —se quejó Stella.

—Enseguida te subirán algo de comer. En cuanto a la sed, ¿no hay aquí un pequeño lavabo?

La puerta se cerró de golpe. Stella, desalentada, se sentó en una silla, con los ojos llenos de lágrimas.

Los cristales, tanto de las ventanas de la torrecilla, como el del lavabo contiguo, eran blindados y opacos por la parte exterior. ¿Cómo podría avisar a Lear Chilton de su triste situación?

Ninguna de las ideas que se le ocurrieron sucesivamente le pareció viable.

CAPÍTULO IX

Red McKay entró en la oficina y dejó una carpeta sobre la mesa.

—Los informes sobre Howard —dijo.

—Bien, gracias —contestó Chilton.

El ayudante salió. Chilton abrió la carpeta. Sentíase preocupado por la presencia de Howard en la ciudad. No sabía decirlo a ciencia cierta, pero presentía que el sujeto había comprado Black Tower por algo más que por conseguir el medio millón de dólares que Kalb había escondido en algún lugar de la propiedad.

Tal vez Howard formaba parte de una poderosa organización, que pretendía alargar sus tentáculos hasta San Orencio. Nunca se habían registrado en la población hechos criminales de importancia. Pero ahora las cosas podían cambiar y no para mejorar precisamente.

La carpeta contenía una gran abundancia de informes, incluso con fotografías. Por el momento, sin embargo, no había reclamación alguna contra Howard; el tipo era lo suficientemente astuto como para utilizar los servicios de buenos abogados.

Bullit entró en la oficina.

—Le veo preocupado, jefe —observó.

—Tengo motivos, ¿no te parece?

—Sí, es cierto. ¿Qué dicen los informes sobre Howard?

—Tipo sin escrúpulos, pero listo. No hay reclamaciones oficiales contra él, aunque tiene antecedentes.

Bullit dio la vuelta a la mesa.

—En esa fotografía está muy favorecido —comentó.

—Sí, lo mismo que sus gorilas. Aquí veo a Thaller, Banner, el herido...

—Norman y Proyd están otra vez en Black Tower. Me pregunto

quién los sobornaría para traicionar a Kalb.

—Eso importa poco ahora, aunque es fácil de imaginar. De todos modos, un tipo como Kalb no podía esperar fidelidad eterna de sus secuaces. Tarde o temprano, alguien los haría flaquear.

—Sí, _ es lógico. Oiga, ¿quién es este tipo?

Bullit tomó una fotografía de las que aparecían en la carpeta.

—Es Ang Mathis. Se le supone asesino profesional. Muy hábil, según los informes —dijo Chilton.

—De modo que Mathis, ¿eh? Sin duda sería el que «apioló» a Kalb, ¿no le parece?

—Podría ser, pero ¿qué pruebas tenemos de ello, Pete?

—Podríamos preguntárselo, jefe.

Chilton alzó la vista hacia su ayudante.

—¿Quieres explicarte de una vez? —pidió.

—Está en el Alvarado Motel. Yo lo he visto por casualidad. Ocupa una de las cabañas y le vi llegar en un coche corriente. Luego hablé con Ralph Drake, el dueño. Me dijo que ese hombre había venido a descansar unos días, a pescar, supone, según uno de los bultos de su equipaje, de forma alargada, donde le pareció guardaría las cañas. Allí se ha inscrito bajo el nombre de Frank Hobson.

—De modo que dice llamarse Hobson y es Mathis —murmuró Chilton pensativamente—. Pete, ¿sabes lo que puede contener la caja, de las cañas?

—Pues... cañas de pescar, naturalmente.

—A Kalb lo mataron y nadie oyó los disparos, que, por otra parte, se hicieron desde casi cien metros de distancia. Las balas que hemos recuperado en la habitación del muerto proceden de un fusil de caza. ¿Es preciso que te diga que también se fabrican silenciadores para fusiles?

—Jefe, me parece que ya tenemos al asesino de Kalb —exclamó Bullit precipitadamente—. Pero si es así, ¿por qué no está en Black Tower?

—Quizá ha venido a San Orencio a esperar órdenes. Probablemente, a Howard no le conviene que le vean ir o venir de la propiedad. Y para matar a alguien, Howard sólo necesita pronunciar un nombre por teléfono, ¿comprendes?

—Sí, pero ¿cuál es ese nombre?

—Quizá el mío, Pete.

Hubo un instante de silencio.

—No podemos permitirlo, jefe —dijo Bullit al cabo—. San Orencio ha sido siempre una población tranquila y debe seguir siéndolo.

—Pero resulta imposible arrestar a un ciudadano por simples sospechas. ¿Y, si no lleva el rifle en la funda de las cañas de pescar?

Bullit sonrió maquiavélicamente.

—Si va a pescar, necesita una licencia —dijo—. ¿Por qué no vamos a preguntarle si la ha obtenido en la oficina correspondiente del municipio?

Chilton se puso en pie.

—Eres un tipo astuto, Pete —elogió—. Cuando dimita, propondré que te nombren para el cargo. Anda, vámonos.

Los dos hombres salieron de la oficina. McKay les miró inquisitivamente.

—Quédate aquí, Red —ordenó Chilton—, Pete y yo vamos a investigar a un sospechoso.

—Bien, jefe.

Chilton subió al *jeep* y lo hizo arrancar. De pronto, a los cien metros, detuvo el vehículo y dio ciertas instrucciones a su ayudante. Bullit se apeó, entró en una casa y regresó dos minutos más tarde, acompañado de Anders.

—Lear, ¿qué diablos quieres? —preguntó el abogado de mal talante—. Pete me ha dicho que puedes necesitar mis servicios...

—Como testigo —respondió el joven, impasible—. Es posible que me vea obligado a arrestar a una persona y quiero que veas que todo se hace de acuerdo con la ley. Pete, sube al asiento de atrás, por favor.

—Sí, jefe.

Anders se sentó junto a Chilton. El *jeep* arrancó de nuevo.

—Te aseguro que no entiendo nada de lo que pretendes, Lear —gruñó el abogado—. Si pretendes atraerte mi benevolencia...

—Eso me importa un rábano —contestó Chilton fríamente—. Tú serás alcalde muy pronto y entonces yo dimitiré y no necesitaré de tu benevolencia para nada.

El *jeep* se detuvo en la explanada que había ante el edificio de la recepción del motel.

Drake, el dueño, salió a la puerta.

—*Sheriff*, ¿sucede algo? —preguntó.

—Nada de importancia, gracias —contestó Chilton—. Sólo vamos a investigar una licencia de pesca.

—Ah, sí, el forastero. Está en la número ocho.

—Gracias, ya lo sabía.

Chilton se apeó del coche. El motel estaba compuesto por un conjunto de alojamientos individuales, sombreados por árboles que se mantenían a fuerza de riego casi constante. Era un negocio de vida más bien lánguida, dada la escasez de viajeros.

—No es necesario que llegues hasta la cabaña, Cliff —dijo el joven, a la vez que echaba a andar.

—Iré contigo. Para eso me has traído, ¿no?

Chilton sonrió para sí. Bullit se había apeado antes y corrido para alcanzar la cabaña del sospechoso por retaguardia. Instantes después, Chilton vio a su ayudante que asomaba por una esquina y le hacía un signo de inteligencia.

El joven se detuvo ante la puerta señalada con el número 8 y tocó con los nudillos.

—Abra, por favor, señor Hobson —pidió—. Soy el *sheriff*.

La puerta se abrió. Un hombre de mediana estatura, delgado, de rostro muy pálido, apareció ante los ojos de Chilton.

—¿En qué puedo servirle, *sheriff*? —preguntó.

—He tenido noticias de que ha venido a San Orencio a descansar unos días y a dedicarse al deporte de la pesca. Por favor, me gustaría ver su licencia de pesca...

—No sabía que fuese necesario —declaró el hombre.

—Vaya a las oficinas municipales y allí le proveerán de una licencia —sonrió Chilton—. Sólo vale un dólar y así se librará de una multa de superior cuantía.

—Iré, se lo prometo.

—Muchas gracias, señor Hobson... Ah, allí veo su caja con las cañas de pescar. Por favor, ¿me permite verlas?

El sujeto retrocedió un paso.

—¿Para qué? Son unas cañas corrientes...

—Insisto, señor Hobson. ¿O prefiere que le llame por su nombre

verdadero, Ang Mathis?

El forastero se puso lívido.

—Hace algunos días, se cometió un asesinato. Conservamos las dos balas que causaron la muerte a la víctima —agregó Chilton, impasible—. Procuraremos compararlas con las que hay en la recámara de su fusil, ese que guarda en la funda de las cañas de pescar.

Sobrevino un instante de silencio. Luego, Mathis, inspirando profundamente, dijo:

—Le demostraré que sólo tengo cañas de pescar, *sheriff*.

Mathis dio media vuelta y se encaminó hacia la silla en donde estaba el maletín de forma alargada. De repente, giró en redondo.

Ya tenía un revólver en la mano. Chilton saltó lateralmente, apartándose de la puerta, en el instante en que sonaba el primer estampido. Un segundo después, se oyeron dos disparos más.

Mathis gritó agudamente. Chilton se asomó a la puerta. El pistolero estaba arrodillado, con las manos en el pecho y el rostro contraído por una expresión de intenso sufrimiento.

Bullit aparecía en la puerta que daba al baño, todavía con su revólver en la mano. En aquel instante, Mathis se desplomó de costado al suelo.

—Pete, usa el teléfono para llamar al médico y a una ambulancia —ordenó Chilton.

—Está bien, jefe.

Chilton se volvió hacia Anders. Ralph Drake, el dueño del motel, corría hacia aquel lugar, atraído por los estampidos.

—Cliff, ese hombre era el asesino de Kalb —dijo Chilton.

Anders estaba terriblemente pálido. A pesar de todo, hizo un esfuerzo por mantener la serenidad.

—Tendrás que probarlo o te verás metido en un buen lío —dijo—. No hay pruebas de que Hobson fuese Mathis ni que hubiese venido a otra cosa que a tomarse unas vacaciones y a pescar.

Chilton rió suavemente. Pasó por encima del cuerpo inmóvil del pistolero y se acercó a la silla donde estaba la funda de las cañas de pescar. Era una caja rígida, negra, pero se abría con cierre relámpago. Chilton lo hizo funcionar y levantó la tapa.

Los ojos de Anders contemplaron horrorizados el fusil de caza, desmontado, situado en los alvéolos del fondo, que tenían la forma

de las distintas piezas, incluidos el visor telescópico y el negro tubo del silenciador. También había otro hueco para un cargador de repuesto, que aparecía lleno de proyectiles.

—Cliff, ¿es necesario que te diga la forma en que se comparan los proyectiles que han salido por el cañón de un mismo rifle?

Anders movió la cabeza.

—No tengo nada que objetar a lo sucedido —manifestó.

—Muchas gracias, Cliff. Espero que lo declares así en la encuesta que llevaremos a cabo con la mayor rapidez posible. ¿Señor Drake?

—¿*Sheriff*? —contestó el dueño del motel.

—¿Oyó a este hombre declarar sus propósitos de pescar?

—Sí, señor, pero nunca me imaginé...

—Es suficiente, muchas gracias. Cliff, si lo deseas, puedes volver al pueblo en el *jeep*. Imagino que Mathis tendrá su coche por alguna parte. Lo llevaremos al depósito municipal... para que haga compañía al camión de bomberos que utilizó hace menos de una semana.

Anders se marchó en silencio. Bullit llegó desde la oficina de recepción.

—Ya he avisado al forense y a la ambulancia. Oiga, jefe, ¿qué le pasa al señor Anders? Parece más muerto que el mismo Mathis.

—El señor Anders, supongo, se ha metido en un mal asunto. Lo peor de todo es que querría salirse y no podrá, Pete —contestó Chilton sentenciosamente—. El que se une a una organización de esta clase, sólo puede abandonarla de una forma. Vivo, no, por supuesto.

* * *

Anders dio un puñetazo en la mesa.

—¡Usted me prometió que no habría sangre y se trajo a su pistolero! —dijo, terriblemente excitado—. No me importa en absoluto que liquidase a Kalb, pero aunque deteste a Chilton, por nada del mundo querría que muriese violentamente.

Howard sostenía con ambas manos la copa de coñac, en cuya contemplación parecía absorto.

—Amigo mío —dijo, sin mirar al excitado Anders—, el torpe de Mathis vino aquí sin consultarme, con toda seguridad, para sacarme

algún dinero... o quizá para solicitarme algún «contrato». Su presencia en San Orencio, insisto, era completamente voluntaria por su parte. Si ha muerto en una refriega con la policía, lo celebro infinito. Eso me libra de muchos compromisos, ¿sabe?

—No le creo, Howard, no le creo en absoluto.

—Me importa un rábano, Anders. Le he dicho la verdad, pero si se empeña en no creerme, no por ello voy a pasarme la noche en vela. Aquí, en San Orencio, hay mucho dinero a ganar y usted puede conseguir una buena tajada, repito que sin necesidad de violencia. Cuando destruya al *sheriff*, y eso no puede tardar mucho, usted ya no tendrá que pensar en enfrentamientos con él.

—Espero que sea verdad lo que dice. De lo contrario...

Howard rió burlonamente.

—No puede nada contra mí. Firmó un recibo por cinco mil dólares. Eso es tan seguro como una cadena del mejor acero. Y ahora, váyase, por favor, y déjeme terminar la velada con toda tranquilidad.

Norman se acercó de pronto a los dos hombres, que charlaban en el gran salón de la casa, y se inclinó para susurrar algo al oído de Howard. El nuevo dueño de Black Tower escuchó atentamente y luego asintió.

—Iré enseguida, muchas gracias. Adiós, Anders, tengo que atender a un huésped imprevisto que se me ha presentado hace pocas horas. Váyase tranquilo, su *sheriff* es pato muerto. En sentido figurado, por supuesto.

Anders se marchó, barbotando imprecaciones. Cuando hubo abandonado el salón, Howard se echó a reír.

—¡Pobre idiota! —dijo—. Se cree muy listo, pero es más torpe que un niño de pecho. Bien, Rudy, vamos a ver al huésped. ¿Qué quiere, a las diez de la noche?

—No lo sé, jefe, no ha querido decírmelo. Sólo he hablado con ella a través del interfono que usted hizo colocar en el cuarto...

—Está bien, pronto lo sabremos. Ah, Rudy, tú no subas, será mejor que no te vea.

—De acuerdo, jefe.

CAPÍTULO X

—¿Está descontenta del trato que le damos? ¿Le hace falta algo? ¿Quiere lectura? —preguntó Howard, con amable sonrisa.

Stella le miró fríamente.

—Salvo el encierro, me encuentro bien. Pero ya llevo aquí cuatro días y todavía no he podido cambiarme de ropa —exclamó.

Howard se pegó una palmada en la frente.

—Oh, qué descuido el mío. No pensar en un detalle tan importante... Haré que suban su equipaje; lo trajimos junto con el coche. Bonito el «Mercedes» descapotable, ¿eh? El padre amantísimo no regatea caprichos a su querida hijita.

—No creo que eso le importe mucho. Envíeme la ropa cuanto antes, por favor.

—Muy bien, muy bien, la tendrá enseguida. Antes, como es lógico, registraremos las maletas, a fin de extraer de ellas cualquier objeto que le permita escapar de su encierro. Por cierto, ¿cuándo se decide a hablar?

—No puedo decirle algo que ignoro por completo —respondió Stella—. Le guste o no, es la pura verdad.

Howard se encogió de hombros.

—No tengo ninguna prisa —contestó—. En realidad, no he venido a San Orencio sólo por el dinero, pero, claro, deseo encontrarlo, porque me servirá de respaldo para futuras operaciones. Bien, dentro de cinco minutos tendrá su ropa. ¿Has oído, Davy?

—Sí, señor —contestó Thaller, que estaba situado tras Howard.

La puerta se cerró. Stella quedó nuevamente sola, paseándose como una fiera enjaulada por aquel reducido ámbito, que no tenía más de cuatro metros de anchura.

La única comodidad de que disfrutaba en su encierro era una colchoneta que le habían traído la misma noche de su secuestro. Por lo demás, el tiempo se le hacía angustiosamente largo.

Desde las ventanas de la torrecilla, podía ver el pueblo durante el día y sus luces por la noche. Amargamente, pensaba que las precauciones que había tomado su padre, se habían vuelto contra ella.

Los cristales blindados poseían la suficiente solidez como para pensar siquiera en romperlos con la única silla de madera que le habían dejado. La mesa de trabajo, por otra parte, era demasiado pesada para levantarla por sí misma.

En la habitación había una sola lámpara, de contrapeso. Stella no la había tocado desde el día en que fue encerrada. La lámpara estaba a la mínima altura sobre la mesa y ella suponía que su padre quería disponer de bastante luz para cuando escribía por las noches.

Al cabo de unos minutos, se abrió la puerta. Una mano lanzó al interior de la estancia un maletín no demasiado grande.

—Su ropa —dijo Thaller secamente.

Volvió a cerrar. Una vez más, Stella se enfrentó con su angustiosa soledad.

Chilton estaba a menos de una milla de distancia, pero en sus condiciones era como si se hallase en las Antípodas. No había forma humana de informarle de la crítica situación en que se encontraba.

* * *

El teléfono sonó de pronto. Bullit estaba despachando unos documentos con su jefe y alzó el aparato.

—Oficina del *sheriff* —dijo.

—Hola, amigo. ¿Puede ponerme con el *sheriff* en persona? Soy la señora Wallace.

—Sí, al momento, señora.

Bullit alargó el teléfono hacia Chilton.

—La periodista, jefe —dijo.

—¿Donna Wallace? —se sorprendió el joven. Tomó el aparato—. ¿Cómo se encuentra, Donna? ¿Qué tal van sus reportajes?

—Oh, estupendamente bien —rió ella—. Lear, he leído los periódicos estos días. Han ocurrido muchas cosas en San Orencio.

—Sí, algo ha pasado. ¿En qué puedo servirle?

—Deseo hablar con usted, aunque no por teléfono, Lear.

—Bueno, es que yo no puedo desplazarme hasta Denver...

Donna lanzó una alegre carcajada.

—¡No sea tonto, hombre! Estoy aquí, en San Orencio, hospedada en el Wide Desert Hotel, habitación veintidós. ¿Por qué no viene después de la cena y charlamos un rato, sin prisas?

—Donna, ¿qué dirá Cliff si se entera?

—Cliff y yo somos buenos amigos solamente. Él no tiene ningún derecho sobre mí. Aparte de que ni siquiera sabe que he llegado a San Orencio.

—Oh, comprendo...

—Mañana iré a visitarle, pero antes quiero hablar con usted. ¿Le parece bien las nueve de la noche?

—Seré puntual, Donna.

—Gracias, Lear. Ah, por cierto, ¿qué hace su novia?

—¿Mi novia?

—Sí, hombre, la hija de Kalb...

—Allí, se marchó de San Orencio hace algunos días. No sé cuándo volverá y, además, no era mi novia, Donna.

—Lo decía todo el mundo, Lear.

—La gente siempre tiene ganas de charlar. Y no lo digo por usted precisamente.

—Entiendo la indirecta —contestó ella, riendo—. Ahora tiene trabajo, de modo que hasta las nueve.

Chilton dejó el teléfono en su sitio.

—La señora Wallace quiere entrevistarme —dijo.

—Oh, magnífico, jefe —contestó Bullit—. Es muy guapa, ¿verdad? —añadió, malicioso.

—No está mal, Pete.

—¿Cómo que no está mal? Los hombres mugen como toros en celo, cuando ella pasa por la calle —exclamó el ayudante pintolescamente.

Chilton continuó el trabajo. Pero no pensaba en Donna, sino en Stella.

¿Por qué no le había llamado todavía? ¿Se había ido tan lejos, que le era imposible utilizar siquiera el teléfono?

A las nueve de la noche, entró en el Wide Desert Hotel. Era un edificio moderno, de reciente construcción, la mayoría de cuyas habitaciones daban a la calle. Todas ellas disponían de una terraza individual.

El conserje de noche se sorprendió de verle a aquellas horas.

—¿Sucedre algo, *sheriff*? —preguntó.

—Nada de particular, Tony —respondió Chilton—. La señora Wallace está en la habitación veintidós, me parece.

—En efecto, así es.

—Quiere hacerme una entrevista, eso es todo. No se preocupe por mí, Tony, conozco el camino —dijo Chilton, al ver que el conserje se disponía a acompañarle hasta el ascensor.

—Como guste, *sheriff*.

Chilton prefirió usar las escaleras. Total, eran sólo dos pisos, pensó.

Momentos después, llamaba a la puerta de la habitación número veintidós. Donna no contestó.

Insistió en las llamadas. Al observar el silencio de la joven, Chilton hizo girar el pomo. La puerta no estaba cerrada con llave. Chilton asomó la cabeza:

—¡Donna!

—¿Lear? —contestó ella desde el baño.

—Sí, yo mismo.

—Entre, por favor. Dispénsese que no le haya abierto yo misma, pero me he retrasado involuntariamente. Ahora mismo salgo, Lear.

—Bien, no se deprisa.

Chilton se quitó el sombrero y lo dejó sobre una mesa. Había servicio de licores, pero no sentía deseos de beber.

De pronto, apareció Donna. Chilton la encontró más hermosa que nunca, con el dorado cabello completamente suelto y su bello cuerpo cubierto por una especie de kimono oriental.

—Cuánto me alegro de verle, Lear —dijo ella—. ¿Sabe que le he echado mucho de menos?

—No se burle de mí, por favor.

Donna se le acercó, insinuante.

—Usted me gusta mucho más que Cliff. Es... más hombre.

—Aún no ha tenido ocasión de comprobarlo, Donna.

—Quizá lo compruebe ahora, Lear.

Ella avanzó un par de pasos más. Súbitamente, sin que supiera con exactitud cómo había sucedido, Chilton se encontró con que tenía en sus brazos a una mujer completamente desnuda.

—Querido mío —murmuró Donna ardientemente.

En el mismo momento, brilló un fogonazo. Donna lanzó un agudo grito y se separó del joven.

—Oh, nos han fotografiado...

Chilton volvió la vista hacia la terraza. El fotógrafo había desaparecido ya. Donna, fingiendo un pudor que estaba muy lejos de sentir, se cubría la parte delantera de su cuerpo con el kimono.

El joven se lanzó hacia la terraza. Abrió la puerta corredera y se asomó por la barandilla. Un hombre saltaba en aquel momento a un coche, que arrancó de inmediato a gran velocidad.

Era imposible ya detener al tipo que se llevaba la cámara, seguramente arrojada desde la terraza contigua por el autor de la fotografía. Con el rostro contraído, se volvió hacia la periodista, quien se anudaba en aquel momento el cordón del kimono. —Lo siento, Lear— dijo ella.

Chilton la miró fijamente durante unos segundos.

—Naturalmente, si te pregunto quién te lo ha ordenado, te negarás a hablar —murmuró.

—Te lo ruego, no me hagas preguntas que no puedo contestar.

—Muy bien, me han fotografiado en una actitud inconveniente. Pero no te guardo rencor, Donna, aunque creas lo contrario. ¿Me permites que te invite mañana a una excursión, en donde podrás contemplar un magnífico panorama?

—Lear, no sé qué pretendes...

—¿Vendrás o no? —Primero dime...

—Lo sabrás mañana. A menos que quieras pasarte la noche en una celda, acusada de ejercer la prostitución. Yo estoy perdido, pero tú no lo pasarías mucho mejor, créeme.

Donna irguió el torso, espléndido.

—Iré —dijo—. ¿A qué hora?

—Estaré aquí a las ocho en punto.

—Muy bien. No faltes, lo digo por tu propio bien.

Chilton abrió la puerta. El teléfono sonó un par de segundos más tarde.

Donna levantó el aparato y dio su nombre.

—¿Qué tal? —preguntó alguien.

—Todo ha salido como usted lo planeó. La cámara ya está en camino.

—Gracias, preciosa. Buenas noches.

La mano de Donna se crispó sobre el teléfono, después de dejarlo en la horquilla. Aquel miserable, se dijo... Pero estaba en sus manos y no podía evitarlo, pensó, desalentada.

CAPÍTULO XI

En pie, situada en el centro de la estancia, Stella contempló una vez más las luces del pueblo, que titilaban en la distancia. ¿No habría alguna manera de avisar a Chilton de que estaba allí secuestrada?

Los cristales eran opacos exteriormente. Por tanto, no se veía la luz de la única lámpara que había en el cuarto. Aquellos vidrios eran tan efectivos como un muro de ladrillos.

De pronto, frunció el ceño.

¿Era seguro que no se veía la luz desde el exterior?

Se acercó a la lámpara. El foco era de considerable potencia, cien vatios, pero estaba encarado directamente a la mesa, de la que distaba apenas cincuenta centímetros.

Súbitamente, agarró la lámpara y la puso en posición vertical, enfocándola hacia la ventana que daba rectamente al pueblo. Si la mantenía en aquella posición, ¿podría ver alguien el resplandor?

Y aunque lo vieran, ¿qué significado podía tener para el posible espectador, si no hacía alguna clase de señas?

Pero el interruptor estaba junto a la entrada. Si mantenía el foco dirigido hacia la ventana, no podía llegar al interruptor. Y, ¿qué señas haría? ¿Cómo se pedía socorro en casos apurados? Ah, sí, Sos... tres puntos, tres rayas, tres puntos...

Podía poner la lámpara sobre la silla y ésta sobre la mesa. Así, sí quedaría el foco de luz dirigido hacia el cristal. De repente, se le ocurrió otra idea que mejoraba las anteriores.

Casi se echó a reír. En el equipaje le habían dejado sus útiles de tocador, aunque no la lima de las uñas ni las pinzas de depilar. Pero sí un espejo circular, de buen tamaño y doble cara. Una de las caras era cóncava, lo que proporcionaba una imagen aumentada en el reflejo. Por tanto, aumentaría también la potencia de la lámpara, al

concentrar sus rayos luminosos.

Buscó el espejo. También le habían traído algunos libros para que se distrajese. El espejo quedó sobre la mesa, apoyado en los libros, con una inclinación aproximada de 45.º y directamente bajo la lámpara.

Sí, en el cristal se veía un punto de luz, no mucho mayor que la uña del pulgar, pero aquel resplandor debía de poseer una potencia muy superior a la de la lámpara. Una vez que hubo ajustado la posición correcta del espejo, se acercó a la puerta y puso los dedos sobre el interruptor.

Apagó la luz y la encendió rápidamente tres veces. Luego repitió la operación con intervalos algo mayores. Tres puntos, tres rayas, tres puntos... Sos...

—Vamos, Lear, ven pronto a buscarme —murmuró Stella, como si el *sheriff* de San Orencio pudiera escuchar su voz.

* * *

El *jeep* se detuvo ante el Wide Desert Hotel a las ocho en punto. Chilton encendió un cigarrillo y esperó pacientemente.

Cinco minutos más tarde, apareció Donna. Ella vestía ahora blusa, tejanos y zapatos fuertes, con sombrero de anchas alas. Pendiente del hombro izquierdo llevaba un bolso de rafia. Sus ojos desaparecían tras unas grandes gafas de color.

Antes de subir al *jeep*, ella le miró fijamente.

—Lo que hice anoche no me gustó en absoluto —dijo.

Chilton guardó silencio. Tras un suspiro de resignación, Donna se sentó junto al joven. El coche arrancó de inmediato.

Donna quiso hablar en un par de ocasiones, pero Chilton guardaba un obstinado silencio. La joven empezó a sentir una vaga aprensión. ¿Adónde la llevaba aquel hombre tan concentrado en sí mismo?

El *jeep* se adentró en la vasta extensión árida, que ya ardía bajo el sol. Donna pensó en los dos hombres muertos de sed y, a pesar del calor, sintió que un helado escalofrío recorría su espalda.

Casi una hora más tarde, Chilton abandonó el camino viejo y se adentró en el desierto. En aquellos parajes no se veía apenas una mata. Solo, muy de cuando en cuando, se divisaba alguna planta

cactácea. La desolación era absoluta.

Diez minutos más tarde, Chilton paró el coche y saltó al suelo.

—Ven, Donna —llamó.

Las aprensiones de la joven seguían en aumento. Vaciló un poco y él se volvió a medias, para mirarla con una extraña sonrisa en los labios.

—¿Crees que te he traído aquí para asesinarte y luego ocultar tu cadáver? ¿Me devolvería ese crimen la fotografía que alguien tiene ya en su poder?

—Lear, deja que te explique...

Chilton se acercó a la parte posterior del *jeep* y sacó un palo delgado, de un metro de largo, aproximadamente. Donna miró hacia el tablero de instrumentos; las llaves de contacto estaban en poder del *sheriff*.

—Vamos, Donna; daremos un paseíto, aunque no nos alejaremos del *jeep* lo suficiente como para perderlo de vista —exclamó Chilton.

—¿Por qué no me explicas de una vez lo que pretendes? —pidió ella, cada vez más nerviosa.

—Un poco de paciencia, mujer.

Al fin, Donna echó a andar.

—Lear, ¿qué pasaría ahora si el *jeep* tuviese una avería? —preguntó.

—Dispongo de radio, no te preocupes.

Ella observó que Chilton se detenía de cuando en cuando, para mirar al suelo con gran atención. De súbito, Chilton movió una piedra con el pie, haciéndole dar la vuelta.

Algo salió con gran rapidez de debajo de la piedra. Donna lanzó un grito de susto.

—Un alacrán —dijo Chilton tranquilamente—. O un escorpión, como prefieras. La picadura no es mortal, aunque sí terriblemente dolorosa. Pero como clavaría su uña en uno de tus pies o en el tobillo, la pierna se te hincharía enormemente y no podrías caminar. En San Orencio y con cuidados médicos adecuados, pasarías unos días desagradables, pero saldrías adelante. Aquí, a treinta y cinco millas del pueblo...

Sin mirarle siquiera, siguió andando. Donna comprobó que el escorpión había desaparecido bajo otra piedra y corrió para

reunirse con el *sheriff*.

—Por favor, Lear...

Impasible, Chilton continuó su camino. De pronto, se detuvo.

Con el palo que llevaba en la mano, hurgó en un agujero del suelo apenas visible. A los pocos segundos, Donna, aterrada, vio surgir una enorme araña, negra, peluda, cuyas dimensiones eran superiores a las de su propia mano.

—Una tarántula. También fastidia bastante su picadura —dijo el joven—. Las personas corrientes, como tú y yo, no suelen morir por la picadura de uno de esos arácnidos. Un niño o un anciano o una persona con el corazón débil, sí morirían. De todos modos, ni el escorpión ni la tarántula atacan, a menos que sean molestados, así que no tienes por qué preocuparte.

—¡Lear! —chilló Donna—. ¿Qué es lo que pretendes?

De repente, se oyó a poca distancia un extraño sonido.

—Cuidado, eso sí que es peor —dijo a media voz. Alargó la mano izquierda y tiró de ella—. Ven, Donna.

Los dos se desplazaron lateralmente. De pronto, Donna vio una serpiente enroscada a poca distancia, moviendo su cola con gran rapidez. De la cola procedía aquel pequeño ruido, tan semejante a un tableteo.

—No temas, la serpiente de cascabel no atacará tampoco. Precisamente hace ese ruido, para advertir su presencia y evitar que la molesten. Pero su picadura sí puede ser mortal.

—Lear, tengo miedo —dijo—. Volvamos, por favor.

—Si tuvieses que pasar la noche aquí, posiblemente no te sucedería nada. Incluso la tarántula pasarla por encima de tu cuerpo sin atacarte. Pero podrías llegar a notar su presencia y hacer un movimiento brusco. Entonces, la tarántula, o el escorpión o la serpiente de cascabel sí se creerían atacados y se defenderían con las armas que le ha dado la naturaleza.

Donna sentía que su moral se desmoronaba por momentos. De repente, Chilton echó a correr hacia el *jeep*.

Ella le siguió en el acto, pero era menos rápida. Aterrada, vio que Chilton saltaba al coche y lo ponía en marcha.

—¡Lear! ¡Por el amor de Dios, no me abandones aquí!

El joven no volvió la cabeza una sola vez. Donna llegó a las inmediaciones del *jeep*, pero Chilton mantenía la velocidad

suficiente para evitar que ella pudiera alcanzarle.

Bruscamente, Donna comprendió las intenciones de Chilton.

—¡Basta, Lear! —gritó—. Hablaré.

Chilton contuvo una sonrisa. Frenó y se volvió hacia la joven, que avanzaba tropicando hacia el coche.

Donna ofrecía un aspecto lastimoso. Su cara estaba cubierta de polvo, en el que la transpiración había trazado largos regueros. Jadeaba fuertemente y, aun habiendo caminado solamente unos pocos cientos de metros parecía al borde del agotamiento. — Howard me obligó— dijo.

—¿Por qué?

—Chantaje. Yo era cajera en unos importantes almacenes. No sé cómo, pero lo descubrió. Hice las cosas bien y durante mucho tiempo me apoderé de bastantes cantidades de dinero. Pero un día me llamó y me hizo firmar un documento, en el que reconocía mi delito. Tuve que hacerlo; al principio, me negaba, pero sus esbirros me dieron una paliza...

Ahora, las lágrimas se unían al sudor para mezclarse con el polvo de la cara.

—Te lo juro, es la pura verdad... Confieso que robé aquel dinero, aunque los directivos eran también unos ladrones...

—¿Te instruyó Howard en lo que debías hacer en San Orencio?

—Sí. Nunca me explicó por qué con claridad, aunque dio a entender que quería establecerse aquí. Yo me figuré que éste podría ser para él un buen... centro de operaciones... quizá quería montar un gran casino... Sin embargo, nunca supuse que habría derramamiento de sangre...

—A pesar de todo, anoche hiciste algo muy reproable.

—Lear, soy terriblemente miedosa. No lo puedo remediar. Howard dijo que era capaz de destrozarme físicamente... rajarme la cara y el pecho... Y lo haría, te lo juro; ese hombre es aún peor que la serpiente de cascabel que me has enseñado...

—Ese reptil mata sólo para alimentarse, pero no por capricho, como hace Howard. De todos modos debes saber que empecé a sospechar de ti, aunque nunca llegué a creer que te prestarías a una fotografía de chantaje.

—¿Sospechaste de mí? —se asombró Donna.

—Sí. Mi ayudante te vio borrar algo con el pie, cuando

estábamos junto a los cadáveres de Dwiss y Kaminski. Primero pensó que hacías aquello como un gesto instintivo para poner algo de arena sobre una colilla, pero luego recordó que no te había visto fumar. Además, cuando solicitabas información sobre la guerra de hace cien años, sólo preguntabas a una de las partes implicadas en el conflicto. Jamás me pediste el menor informe sobre el particular. Si querías escribir una historia, tenías que ser imparcial y no guiarte sólo por los relatos de uno de los interesados, dando de lado al otro.

Donna bajó la cabeza.

—Ya te he dicho; él me instruyó sobre lo que debía hacer. Incluso mis credenciales eran falsas...

—¿Fuiste tú la que guió el camión de bomberos hasta el escondite de Ghost Canyon?

—Anders me lo enseñó. Allí, en cierta ocasión, los Spelling tendieron una emboscada a los Ransome. Howard me había pedido que buscase un buen escondite para un camión pesado, aunque no me dijo en qué pensaba utilizarlo.

—¿Dónde tiene Howard ese documento que le firmaste?

—Siempre lo lleva sobre sí. Un día, no hace mucho, yo le dije que dudaba de que lo tuviera aún, pero me lo enseñó en el acto.

—Bien, ya me ocuparé de recuperarlo. —Chilton se volvió hacia atrás en el coche y cogió una cantimplora, cuya tapa desenroscó inmediatamente—. No está fresca, pero calma la sed —sonrió.

Donna bebió ávidamente, sin importarle que el líquido resbalase por el mentón y corriese hasta su escote.

—Ahora comprendo algunas de las películas del Oeste —dijo, sonriendo, mientras se limpiaba los labios con el dorso de la mano.

—Sí, se pasa mal en estos parajes. Anda, sube; trataré de resolver ese asunto.

El *jeep* arrancó de nuevo.

—Esa fotografía te puede perjudicar mucho —dijo ella.

Lo sé, pero no te preocupes.

—¿Cómo piensas recobrarla? Howard tratará de presionarte con ella...

Chilton sonrió sibilinamente.

—En asuntos de esta clase, sólo hay dos soluciones: el silencio o la divulgación máxima.

El silencio, a la larga, es perjudicial. Yo prefiero la segunda.

—No entiendo —dijo Donna, desconcertada.
—No tardarás mucho en saberlo —aseguró él.

* * *

Cuando el *jeep* llegó a la oficina, Chilton viajaba ya solo. Donna había quedado en el hotel. Chilton observó que Bullit tenía la vista fija en un punto lejano.

—¿Qué sucede, Pete? —preguntó.

—Estoy viendo algo raro... Pero ya se lo contaré todo; vaya a su despacho ahora mismo. Cliff Anders está allí con un humor de todos los diablos.

Chilton contuvo una sonrisa.

—Pete, he llamado a Claude Ephran. En cuanto llegue, hazle pasar a mi oficina, esté o no el señor Anders, sin perder un solo segundo, ¿entendido?

—Sí, jefe.

El joven entró en el edificio. Segundos más tarde, Anders se ponía en pie.

—De paseo por ahí con esa zorra, en lugar de cumplir con tus obligaciones —dijo ásperamente—. ¿Puedes justificar esa actitud, Lear?

Al mismo que hablaba, Anders le tendía una cartulina. Chilton contempló la fotografía durante unos instantes. Sonrió al ver la expresión de su rostro.

—Pero ¡qué cara de idiota tengo ahí! —exclamó alegremente.

—¡Lear! ¡Esto no es cosa de broma! —gritó Anders—. Mañana se reúne el consejo municipal. Espero que acudas con la dimisión firmada. Mientras tanto, considérate suspendido de tu cargo...

—Espera un momento, Cliff —cortó Chilton—. Tú no tienes autoridad por ti mismo para quitarme la estrella. Ni el mismo alcalde puede hacerlo, a menos que antes haya mediado una reunión del consejo y se haya votado sobre mi situación. De modo que, hasta mañana, sigo siendo el *sheriff*, te guste o no.

—Después de mañana, ya no serás nadie —dijo Anders despectivamente.

La puerta del despacho se abrió en aquel momento.

—Hola, jefe —saludó un hombre de mediana edad, bajito y

regordete—. Me han dicho que quería verme.

—Así es, Claude. —Chilton arrancó la fotografía de manos de Anders y se la entregó al recién llegado—. ¿Qué le parece?

Ephran silbó.

—¡Vaya fulana! ¡Y está en cueros vivos, *sheriff*! ¡Pero si es usted el que está con ella...!

—Ya lo sé, hombre —contestó el joven de buen humor—. Claude, ¿puede usted obtener una copia de esta fotografía?

—¿De qué tamaño? —preguntó rápidamente el hombrecillo.

—Del mismo tamaño, pero ha de obtener quinientas copias. ¿Cuánto me costaría cada una?

—Pues... unos doce centavos... *Sheriff*..., ¿para qué diablos quiere tantas copias? —Se asustó Ephran.

—Hágalas —dijo Chilton fríamente—. Luego repártalas por todas las tiendas, por todos los comercios, en las dos gasolineras, en los bares y cantinas... Quinientas copias a doce centavos son sesenta dólares. Le daré cien cuando haya terminado el trabajo; cuarenta dólares serán para el hombre que se encargue de la tarea. ¿Entendido?

Ephran se rascó el cogote.

—Si usted lo manda...

—Lo pido como un trabajo particular —expresó el joven—. Vamos, empiece ya; quiero que hoy mismo se distribuyan ya las primeras fotografías.

—Te has vuelto loco —resopló Anders.

Chilton se volvió y le miró serenamente.

—No, porque quiero que todo el mundo se entere por qué dimite su *sheriff* —respondió—. Y cuando todos tengan una copia de la fotografía, comprenderán que se trata de una inmundita trampa, en la que tú has tomado parte. —Sonrió alegremente—. Claude, a fin de cuentas, es mejor aparecer así en una fotografía que no abrazando a un hombre ¿verdad?

—Ya lo creo —exclamó Ephran jovialmente—. Bueno, ahora mismo pongo manos a la obra.

—Espere, Claude —gritó Anders—. Devuélvame esa fotografía.

—No —contradijo Chilton firmemente—. Yo soy el interesado y tengo el derecho de hacer con ella lo que me de la gana. Váyase, Claude.

El fotógrafo se marchó.

—Mañana presentaré mi dimisión. De este modo, te librarás de mí, Cliff Anders —concluyó el joven secamente.

Anders dio media vuelta y salió de la oficina. McKay estaba en la entrada.

—Síguelo, Red; seguro que se dirige a Black Tower.

—Sí, jefe.

Bullit asomó en aquel instante.

—Jefe, ya que habla de Black Tower, haga el favor de venir —solicitó—. Quiero enseñarle algo muy interesante.

Chilton salió a la calle, detrás de su ayudante. Una vez fuera, Bullit le enseñó el cerro donde se hallaba situada la nueva propiedad de Howard.

—Mire hacia la torrecilla y dígame qué ve, jefe.

Chilton entornó los ojos. La torrecilla sobresalía lo suficiente para que se pudiera ver sin dificultad desde la calle. En aquel punto, se veía oscilar una lámpara, mediante destellos que seguían un ritmo determinado.

—Eso parece... un

S. O. S...,

Alguien pide socorro, a menos que se trate de una broma, Pete.

—No es una broma, jefe. Ya lo vi por la noche, a las dos de la madrugada, pero no le di importancia entonces. Ahora, cuando la cosa continúa, ya cerca del mediodía, empiezo a sentirme preocupado. Allí, en la torrecilla, hay alguien encerrado y trata de hacer señales para que vayamos en su ayuda.

—Una persona encerrada... Los cristales son opacos desde el exterior, Pete —objetó Chilton.

—No cuando desde el interior se usa un foco de luz potente. Lo que sí resulta cierto es que la persona encerrada no tiene herramientas para romper unos cristales blindados y por eso nos está haciendo señales continuamente. Pero no comprendo quién puede estar allí...

Las facciones de Chilton se contrajeron repentinamente. De súbito, acababa de comprender el inexplicable silencio de Stella.

CAPÍTULO XII

Chilton abrió la puerta sin llamar. Situado tras su mesa de trabajo, Anders separó la vista de los documentos que estudiaba con aparente interés.

—¿No podías haber pedido a mi secretaria que te anunciase? —exclamó, irritado.

—He preferido darte esta pequeña sorpresa —sonrió Chilton—. Eres el abogado de Howard, creo.

—Así es. En San Orencio represento sus intereses...

Chilton arrojó un documento sobre la mesa.

—Esto es un permiso judicial para registrar Black Tower —anunció.

Anders dio un bote en su asiento.

—No sé qué diablos pretendes... La actitud de Howard es enteramente correcta...

—Si lo es, ¿por qué me tendió la trampa de fotografiarme junto a una mujer desnuda?

Cliff, ¿por qué diablos te brindaste a secundarle?

Anders desvió la mirada.

—Eso no te importa ahora —rezongó.

—Sí, me importa, puesto que soy una de las partes implicadas en un sucio asunto. Cliff, puede que seas un buen abogado, pero hay otras cosas en las que resultas un párvulo. Recuerda a Kalb: formaba parte de una organización y ya no pudo salir de ella más que en un ataúd. Tal vez tú pienses que la presencia de Howard en San Orencio te reporte muchos beneficios, pero cuando quieras darte cuenta de ello, tendrás una anilla en la nariz y bailarás cómo, cuándo y lo que a él le apetezca. Bien, de todos modos, si quieres seguir con el juego, es cosa tuya. Ahora, lo que quiero es que me

acompañes a Black Tower; deseo que las cosas se hagan con toda legalidad —concluyó Chilton.

Anders se puso en pie.

—Le avisaré...

—No lo hagas. Debes estar presente, puesto que es tu cliente, pero yo tengo derecho a presentarme allí sin previo aviso.

El abogado bajó la cabeza. Chilton recobró el documento y lo guardó en uno de sus bolsillos.

Momentos después, el *jeep* corría a toda velocidad hacia Black Tower. El joven pensó que el nombre había sido bien aplicado a la propiedad, a causa de los cristales de la torrecilla, que se veían de color oscuro, casi negro, desde el exterior. Black Tower, *Torrenegra*, tradujo mentalmente.

En la torrecilla, la luz chispeó de repente con un ritmo acelerado, muy superior a lo normal. Chilton estaba seguro de que Stella ya les veía acercarse con el *jeep*.

* * *

Una vez franqueado el portón, Chilton detuvo el coche y miró fijamente a Rudy Norman.

—Usted tiene un arma. Entréguemela —pidió secamente.

—Tengo licencia, expedida por usted precisamente...

—En éste —momento, le retiro la licencia. ¡Deme el arma!

Norman obedeció, temblando de rabia. Chilton lanzó la pistola al suelo del *jeep*. Luego se apeó, sacó un par de esposas y cerró una de las argollas en torno a la muñeca derecha del sujeto. La otra argolla quedó sujeta a una gran asa que había en la puerta, para poder moverla en caso de fallo del mecanismo eléctrico.

—Usted no puede hacer eso —protestó Norman.

—Está hecho ya —repuso Chilton fríamente.

Un poco más adelante, Burton Proyd salió al encuentro del vehículo. Chilton repitió la maniobra. La muñeca derecha de Proyd quedó encadenada a un asiento de balancín con parasol. Podría arrastrarlo, pero no correr.

Howard salió a la puerta de la casa. Sus ojos brillaban de furia.

—¡Anders! ¿Qué diablos sucede? —gritó—. ¿Por qué viene el *sheriff* con usted?

Detrás de Howard aparecían los dos pistoleros. Banner, todavía convaleciente, necesitaba un bastón-muleta para poder moverse.

Chilton sacó el documento y se lo pasó a Anders.

—Su abogado le dirá que he obtenido autorización judicial para registrar la casa —manifestó con glacial acento—. Precisamente, por esa misma razón, he pedido al señor Anders que me acompañe, a fin de que todo lo que se haga aquí sea absolutamente legal.

Howard abrió la boca, estupefacto, pero se recobró casi al instante.

—Muy bien —sonrió—, no tengo nada que objetar a una decisión del juez. Pero, dígame, *sheriff*, ¿no teme que su plan de repartir fotografías por todo el pueblo no acabe volviéndose al final contra usted?

—Es que... verá, en esa fotografía tengo una cara de idiota imponente, la cara que pondría cualquier hombre cuando, de súbito y sin previo aviso, se le arrojara en sus brazos una hermosa mujer, completamente desnuda. En esa fotografía se ve claramente mi sorpresa; no se me contempla con expresión lujuriosa ni se ve que yo haga el menor esfuerzo para realizar actos indecorosos. Ahora bien, como la fotografía irá mañana al consejo municipal, si sólo la ven unos cuantos y luego se divulgan los motivos de mi dimisión, la gente dudaría de su *sheriff*, con toda la razón del mundo. Pero si todo San Orencio ve esa fotografía, se comprenderá en el acto que ha sido una trampa, para obligarme a dimitir. ¿Lo ha entendido?

La sonrisa se borró de los labios de Howard en el acto.

—Es usted infernalmente astuto, *sheriff* —dijo—. Pero aún no he acabado con usted.

Tengo más métodos...

—Separe las manos del cuerpo —ordenó Chilton—. Voy a registrarle.

—¿Qué? —Howard retrocedió—. No lo consentiré... —Cliff, lee a tu cliente la orden de registro.

—Le aconsejo obedezca al *sheriff*, señor Howard —dijo Anders, no sin un gran esfuerzo—. La orden judicial le autoriza a registrar la propiedad y a las personas que residen en ella.

Los dientes de Howard crujieron de rabia. Impasible, Chilton avanzó hacia él y le despojó de una pequeña pistola, que guardó en uno de sus bolsillos. Luego le sacó la billetera.

—¡Deje eso! —aulló Howard.

—Tranquilo, hombre, no soy un ladrón —rió Chilton. Instantes después, tenía en las manos dos papeles. Uno de ellos pasó a poder de Anders.

—Rómpelo —dijo.

Howard extendió el índice amenazadoramente.

—Anders, a usted lo voy a destrozar...

Chilton sacó su encendedor y quemó el otro papel. —Ya no tiene ningún poder sobre la señora Wallace— dijo—. Por cierto, ¿ha encontrado el dinero que Kalb escondió en Black Tower?

—No sé de qué me está hablando...

—Howard, usted piensa que durante todo este tiempo yo he estado chupándome el dedo. Usted se enteró de que Lou Gray venía a Black Tower a avisar a su antiguo jefe y lo hizo seguir y eliminar, aunque sus asesinos no supieron luego tener paciencia suficiente y quisieron enterrarlo demasiado cerca de San Orencio. Pero, además, Gray venía a informar a su jefe del lugar exacto en que se encuentra el dinero. Kalb hizo creer siempre a todo el mundo que lo guardaba aquí, en un lugar inaccesible; incluso se lo dijo a su propia hija. El dinero ha sido hallado ya, en una cabaña propiedad de Gray, al Oeste de Denver.

El rostro de Howard adquirió una coloración grisácea.

—No... no es cierto...

—Ayer hablé personalmente con el jefe de policía de Denver. También ellos seguían la pista del dinero. Cuando se enteraron de la muerte de Gray, empezaron a investigar. Al fin, alguien recordó la cabaña de Gray y se hizo allí un registro a fondo. Realmente, Gray fue el único hombre fiel a Kalb..., aunque eso ya no tiene importancia.

Howard se enderezó.

—Muy bien, pero no tiene nada de qué acusarme. Respecto a la muerte de Kalb, no existen pruebas, aunque haya encontrado un camión de bomberos. Ni siquiera pudo hablar con Mathis.

Chilton sonrió.

—No se preocupe, ya encontraré motivos para arrestarle.

—¿La pistola? Pondré una fianza; no estaré encerrado ni una hora —aseguró Howard despectivamente—. Si piensa en drogas, no las hay. ¿Qué puede hacer contra mí?

Chilton consultó la hora en su reloj.

—Son las doce y cuarenta y cuatro minutos —dijo—. Dentro de un minuto, exactamente, suspenderán el suministro de energía eléctrica a esta propiedad.

—No entiendo...

—Lo sabrá muy pronto —contestó Chilton—. Acompañeme, por favor. Cliff, tú también.

Chilton pasó entre los dos esbirros, sin concederles la menor atención. Anders miró un instante a Howard y bajó la cabeza, avergonzado.

—Cuando ese maldito *sheriff* se haya marchado, le ajustaré las cuentas, picapleito de todos los diablos —masculló Howard.

De pronto, se dio cuenta de que Chilton se encaminaba hacia el piso superior.

Eh, ¿adónde rayos va? Ahí arriba no hay nada...

—El permiso judicial dice claramente «toda la casa» —contestó el joven, sin volver la cabeza.

Howard echó a correr escaleras arriba. Anders le siguió y también los dos pistoleros, Banner con mayores dificultades, debido a la herida de su pierna.

Los ojos de Howard lanzaron fuego cuando se dio cuenta de las intenciones del joven.

—¡Párese, *sheriff*! —aulló, fuera de sí.

Chilton continuó su ascenso. Al llegar al descansillo que había frente a la puerta que permitía el acceso a la torrecilla, se volvió.

—Deme la llave de esta habitación, Howard —pidió fríamente.

En un instante, Howard lo comprendió todo. Sin embargo, no llegaba a entender cómo el *sheriff* había llegado a enterarse que tenía allí a Stella.

Una cosa era cierta: le acusarían de secuestro. Veinte años de cárcel le aguardaban, por lo menos.

Un velo rojo cruzó por delante de sus pupilas. Giró en redondo y ladró una orden:

—¡Mátenlos! ¡A los dos!

Thaller sacó su pistola y lo mismo hizo Banner. De repente, se oyó una voz a espaldas de los dos sujetos:

—¡Tiren las armas!

Thaller se volvió y apretó el gatillo. Dos revólveres concentraron

su fuego sobre su cuerpo. McKay y Bullit dispararon sin vacilar.

Banner tiró la pistola en el acto, lleno de pánico.

—¡Me rindo, me rindo! —gimió, aterrado.

De pronto, Howard se sentó en uno de los escalones. Parecía muy cansado.

Chilton se le acercó rápidamente. Había sangre en el pecho del sujeto.

—Lo siento, jefe —se disculpó McKay—. Quizá una de nuestras balas le alcanzó...

Howard alzó la cabeza. Había sangre en sus labios.

—La alarma no sonó —dijo.

—No había corriente eléctrica. Eso permitió a mis ayudantes entrar por la parte posterior de la tapia.

Súbitamente, un chorro de sangre brotó de los labios de Howard. Su cuerpo sufrió una tremenda convulsión y rodó por los peldaños de la escalera hasta quedar inmóvil en el descansillo.

Chilton lanzó un potente grito:

—¡Stella, no temas, estoy bien!

Anders se sintió pasmado.

—Stella... está ahí...

—En efecto, Cliff. Red, busca la llave de esa puerta en algún bolsillo de Howard.

—Sí, jefe.

Segundos después, Chilton abrió la puerta. Una Stella, muy pálida, con el pelo en desorden, se arrojó en sus brazos.

—Oh, querido —murmuró.

—No te preocupes —sonrió él, mientras le palmeaba la espalda afectuosamente—. Todo ha pasado ya. Red, llama a Betty Radigan. Dile que venga con un coche, para llevar a Stella a casa de mis padres.

—Bien, jefe.

Luego, Chilton se volvió hacia Anders.

—Cliff, conozco los motivos de tu resentimiento. Trata de ser buen perdedor. A mí nunca me importó el dinero de Stella; sólo la quería a ella, ¿comprendes? Procura olvidarlo... y olvida también la rivalidad que encendió hace cien años una guerra ganadera.

Anders hizo un gesto de asentimiento. Alargó su mano y estrechó la de Chilton.

—No pediré que te despidan del cargo —dijo.

—Es igual, de todos modos, pienso dimitir. Mi padre quiere que dirija el rancho... y creo que ya es hora de que le haga caso.

Aquella misma tarde, Chilton se entrevistó con Donna Wallace en la habitación del hotel.

—No habrá fotografías —dijo—. Puedes marcharte tranquila; he destruido el documento que tanto te comprometía.

Había lágrimas en los ojos de la hermosa Donna.

—No sé cómo agradeceréte...

—Haz una cosa: escribe la historia de la guerra entre los Ransome y los Spelling. Puede darte algún dinero. Y procura devolver el que robaste.

—Lo haré, te lo prometo.

—Eres joven. Aún estás a tiempo de emprender una nueva vida. Inténtalo, vale la pena.

En aquel momento, llamaron a la puerta.

Era Anders, ataviado con sus mejores galas.

—Donna, ¿quieres cenar conmigo esta noche? —solicitó.

Chilton miró sucesivamente a la joven y a su antiguo enemigo. Luego, discreto, se dirigió hacia la puerta.

—Ah, Cliff, he cancelado el pedido de las quinientas fotografías —se despidió.

* * *

Aquella noche, después de cenar, Chilton y Stella salieron al porche de la casa.

—Mis padres quieren hacer un largo viaje de vacaciones, que emprenderán después de la boda —dijo él—. Mientras tanto, haremos que nos construyan una casa independiente, en las inmediaciones del estanque. Es decir, si no tienes inconveniente. — Es un lugar magnífico, Lear— aprobó Stella. —Pero cuando me secuestraron, Howard recobró el cheque y lo destruyó... Ahora ni siquiera soy propietaria de Black Tower.

—¿Lo lamentas?

—Oh, no, en absoluto. Un momento —exclamó ella de pronto—. Has hablado de una boda...

—Sí, es cierto.

—Pero ni siquiera me has pedido que me case contigo.

—Tendré que refrescar mis conocimientos de Morse, que aprendí cuando servía en Transmisiones, en el Ejército —sonrió Chilton.

—Oh, vamos, a una muchacha no se le pide la mano con señales de Morse. Eso se hace de otra manera, Lear. Chilton se volvió y la abrazó estrechamente.

—¿Así, por ejemplo?

Los ojos de Stella brillaron de alegría. —Así, en efecto— contestó.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.